1H 997

BPE Burgos
3361375 BU 2924

BU 2924

T. 45495
C. 61375

D-40-697

EL JUDAÍSMO

R. 98207

EDICIONES ANTISECTARIAS—VOLUMEN VI
Director: J. Tusquets

BARÓN DE SANTA CLARA

EL JUDAÍSMO

2.ª EDICIÓN

EDICIONES ANTISECTARIAS
APARTADO 98—BURGOS
1938

BIBLIOTECA PÚBLICA BURGOS

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ES PROPIEDAD

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ, EDITORES :: BURGOS

«¿Qué daño no habrán causado a España los que la han empalmado oficialmente con judíos y masones, verdaderos representantes de la Anti-España, que nos han traído a estos momentos gravísimos?»

(Carta pastoral sobre *El sentido cristiano español de la guerra*, por el Eminentísimo Dr. don Isidro Gomá, Primado de España, Cardenal Arzobispo de Toledo, página 22.)

PRÓLOGO

Al escoger tema para contribuir a la patriótica labor de Ediciones Antisectarias, *surgió en seguida en mi imaginación el que es objeto de este libro:* El Judaísmo. *Sobre este asunto, a diferencia de la Masonería, poco se ha escrito en España. Y no obstante reviste máximo interés. En primer lugar, para evitar que la propaganda antijudaica tome los sospechosos caminos de un racismo exagerado y anticristiano, peligro no remoto por las varias circunstancias de la guerra presente. Y luego, por la relación íntima del Judaismo con la Masonería y por su influjo en la gobernación del mundo moderno, y concretamente en los preliminares y desarrollo de la monstruosa revolución marxista española. Entiendo—con sinceridad—que no hay problema tan urgente como el del Judaísmo, siempre que lo resolvamos dentro de la justicia y la caridad.*

El Judaismo rige la sociedad contemporánea. Con sus procedimientos cautelosos, su formidable organización y los medios de propaganda y actuación con que cuenta, posee garantías de éxito que desgraciadamente se traducen en hechos a menudo fatales para nuestra secular civilización cristiana cuya ruina se pretende. Tiene sus avanzadillas en el Espiritismo, el

Teosofismo, el Rotarismo, el Naturismo y otras fuerzas negativas, descristianizadoras. Y a continuación, el Laicismo, las Internacionales, la Masonería y el Comunismo son como puntales que apoyan sus fines siniestros.

España fué el primer país que resolvió a su modo, en tiempo de los Reyes Católicos, el problema judaico. Acaso por ello, no han menudeado los estudios sobre el tema. Pero el conocimiento de la organización mundial y procedimientos del Judaismo lanza, por analogía, raudales de luz sobre una serie de acontecimientos y de actuaciones que polarizan en la sangrienta revolución que azota un tercio de nuestra Patria. El Judaismo, desde su atalaya, observa y domina la marcha de gran parte del mundo. Ya es hora de que el buen español abra los ojos y se documente, por lo menos de un modo sucinto, acerca de quien le controla desde las cumbres.

Al tratar del Judaismo, nada va contra el judío en sí, es decir, como ser humano, redimido por Jesucristo. El judío, como el árabe o el japonés, puede ser de buenas costumbres y posee muchas veces excepcionales cualidades. El judío converso ha sido, con frecuencia, un buen cristiano, e incluso un santo. Este libro, o folleto, trata única y exclusivamente de aquellas organizaciones, históricas y presentes, del Judaismo, que tanto han influído e influyen en la política y la descristianización del mundo.

He procurado recoger, en forma concisa y documental, lo que los mismos judíos han publicado sobre tan funestas organizaciones. Ellos mismos dictan la sentencia. Procuremos que su peso no caiga sobre nosotros. Porque es también justicia social impedir que prosperen, en la Nación, las organizaciones corruptoras del sentido católico y patriótico.

CAPÍTULO I

El pueblo judío

La Raza.

A pesar de los siglos transcurridos, Palestina y especialmente Jerusalén dan la impresión más exacta sobre la raza judía. Judíos rusos, polacos y griegos tienen allí su albergue. Conservan intactos sus caracteres y sus arraigadas costumbres. En todos ellos, ese algo, mezcla de idealismo y despreocupación, propio de los pueblos nómadas que saben de los horizontes profundos y de la dura existencia en el desierto, y por lo mismo juntan a una admiración casi infantil por la flor, el ave o la nubecilla blanca, un ardor y una sagacidad puestos a dura prueba.

Me acordaré siempre de mi visita al muro de las Lamentaciones. Había un fondo de histeria, pero de histeria muy emotiva y comprensible, en aquel llanto colectivo ante la muralla con que cegó Dios al pueblo escogido, en castigo de su deicidio. ¡Qué formidable aferrarse a su orgulloso criterio expresaban los gemidos del pueblo anhelando un Mesías que ya llegó y no quiso aceptar! Y a la vez, ¡qué pósito demagógico en la esperanza, imposible de satisfacer, de todo un pueblo que ha perdido su norte y no lo encontrará

jamás, y que por consiguiente tenderá a destruir todo, y a sustituir la civilización cristiana, o no cristiana, por la fundada en un mesianismo, ayer espiritualísimo, sobrenatural, divino, y hoy, tras tantos desengaños, reducido a una concepción cada vez más positivista de la Historia!

El Socialismo, el Comunismo, las Internacionales, la Masonería, la Revolución sistemática, tienen que crecer feraces a la sombra, entre grotesca y trágica, del muro de las Lamentaciones.

Visité asimismo Tel-Aviv, la colonia obra del judío inglés Balfour, fruto de la superestructura masónica de la Sociedad de las Naciones. Contiene tipos abigarrados, de acentuada inmoralidad. La moda de las playas menos recomendables queda muy decente comparada con la que rige en Tel-Aviv. Pero esta ciudad artificiosa no me convenció. Me recordó las tribus indias de algunos certámenes. El verdadero judío es el del muro de las Lamentaciones. El verdadero judío es también el diseminado por los barrios judaicos de muchas capitales y el que goza y domina en turbios ambientes bancarios, diplomáticos o gubernativos.

De estas impresiones, me ha quedado una imagen de la raza judía. Una imagen no caricaturesca, como la que figura muchas veces en los relieves y capiteles de nuestras catedrales. Existe, sí, una raza judía, como existe una Religión judaica y una Nación israelita. Dentro de ligeras variaciones, su tipo está perfectamente definido. Recuerda, a menudo, el beduíno. Habla mucho, discute, chilla, y a veces queda absorto como si lo dominase una fuerza obsesionante. Es tipo ardiente, con relativa frecuencia algo femenino, con rizos por encima de la oreja, ojos pequeños, nariz corva y mirada escrutadora. La índole de ese tipo es peculiarísima, inconfundible. En Tánger, por ejemplo, viven

separados del resto de la población por una estrecha calle. No obstante, el viajero que la cruza nota, inmediatamente, un cambio absoluto, acentuado por la indumentaria chillona y a menudo descuidada que place a la plebe del pueblo judío.

En cuanto a sus cualidades intelectuales y morales, se ha escrito mucho. Desde luego, la raza judía cuenta con personalidades geniales. Suelen distinguirse por una lógica férrea, que a veces se transforma en duro espíritu comercial y conduce entonces al agio y a la usura, y por una sensualidad impetuosa que en el ardiente horno de la fantasía engendra intuiciones, con frecuencia erróneas, y se presta a degenerar en falso misticismo. Sus bravas luchas, sus detalladas reglamentaciones talmúdicas, lo que resta de religión verdadera en la piedad judaica actual, han dado al judío un temple poco ordinario de voluntad. La raza judía es tenaz, individual y colectivamente.

En todos los países, salvo excepciones contadísimas y de breve duración, la raza judía ha sido y es odiada. En Palestina el odio contra el judío llega a extremos inverosímiles; los árabes le abominan. En todo el transcurso de la Historia, los barrios judíos, las matanzas de judíos, las expulsiones de su raza, marcan una estela de odio enconado. Ello obedece a muchos factores. Se le odia, por ser el pueblo maldito de Dios. Se le combate también porque raras veces se funde con las patrias que le dan hospitalidad y en más de un caso las traiciona. Se le persigue, además, por la usura y los crímenes talmúdicos que frecuentemente practica. Y a veces—¿a qué negarlo?—se le fastidia y arroja por miedo a sus mismas cualidades. Tan injusto sería negar este postrer extremo, como echar en olvido los anteriores.

Un judío, Kadmi-Cohen, explica los caracteres fun-

damentales de la raza. Lo hace con mucho ensañamiento y desdeñando en absoluto el factor importantísimo sin el cual no tiene explicación Israel: la elección y la maldición divinas. No obstante, a título informativo, voy a copiar su descripción que para las teorías racistas alemanas constituye casi un dogma: «La unidad del concepto semítico halla su explicación en el carácter nómada de la manera de vivir de los semitas. Raza de ganaderos y pastores, más que de agricultores y terratenientes, han sido siempre nómadas. Ello hace que se conserven indelebles sus caracteres. Pueblo nómada quiere decir pueblo constantemente aislado; así pues, su sangre no se ha mezclado nunca, en ninguna raza se ha mantenido hasta tal extremo esta pureza.»

Como consecuencia, los judíos no han fundado ninguna institución permanente, ningún estado organizado, a pesar de contar con todos los elementos y caracteres para formarlo. De aquí sus tendencias comunistas. Con la vista en el cielo a veces, no pierde nunca el contacto con la tierra, antes al contrario. El utilitarismo es uno de los dos polos del alma semita. Se objetiva en especulación, en la inventiva de los negocios, en la usura que la religión cristiana no permite y que es una de las causas de sus riquezas. Los nombres de Trotsky y de Rothschild marcan los dos límites entre los que se encuadra el pueblo judío: el idealismo desenfrenado y el utilitarismo frenético. En este postrer aspecto se llega desde el banquero hasta el usurero, hasta Gobseck y Shylock, pasando por toda la gama de seres sin corazón: con mano fuerte juegan y especulan ésos con la miseria. Este judío, cuando se produce una catástrofe, se aprovecha de las circunstancias. El hombre es, para él, un motivo de negocio. Por tal motivo, resultan los judíos, en muchos casos, peligrosos

y desequilibrados, impresión que Kadmi-Cohen resume de este modo: «Así pues, el judío provoca siempre la repulsión, el temor o el odio, fenómeno que se explica por el sentimiento que cualquier ser sano siente ante lo deforme, lo enfermizo, lo incompleto.» Esta frase rezuma paganismo. En realidad, para los que creemos en la culpa original, todo ser humano es incompleto y enfermizo, pero capaz de redención. Creo, con lo dicho, haber dado una idea suficiente de la raza judía.

La Religión judaica.

La fuente de la Religión judaica no puede ser más respetable. Adorable, mejor. Es la Biblia. El Antiguo Testamento, inspirado por Dios, que encierra en capullo, en preparación doctrinal y profética, la Religión cristiana. Pero, al producirse el deicidio, los judíos cortaron la ruta providencial de su Religión, se negaron a considerar el Antiguo Testamento como el pórtico del Cristianismo, y con ello se vieron obligados a torcer su sentido con erróneas, capciosas y muchas veces inmorales interpretaciones. La Jerusalén terrestre, imperio de paz espiritual, fundada en la caridad y el sacrificio, se convirtió en un reino material, en una futura dominación férrea de todo el mundo por Israel. Y la serena doctrina moral contenida en los libros de David o Salomón se transforma en mil prescripciones farisaicas y en odio profundo, envidioso, menospreciador, a las razas que han recibido al Redentor.

Por eso, cuando se habla de Religión judaica se impone una distinción. En todo judío hay un amante de la Biblia, y en tal sentido hemos de sumarnos a su Religión, que por algo se ha dicho que los judíos han

sido los custodios providenciales de nuestros libros sagrados. Pero en todo judío hay también un afiliado a las diversas escuelas que han interpretado pésimamente la Biblia, y a ese mal intérprete hay que convencerle, hay que convertirle y hay que impedir que propague, en países católicos, su exégesis blasfema, cuya expresión vulgar se halla en los rituales rosicrucianos o masónicos y cuyas fuentes son la Kabala, el Talmud y variedad de textos secretos.

A esa Religión judaica—no a la que se inspira en la Biblia y profesan con mayor o menor pureza aun los judíos más peligrosos—se refieren las palabras del judío Bernard Lazare y la crítica del pensador La Tour du Pin. La Religión judaica es exclusivista, porque, según dice Bernard Lazare en su obra *L'Antisémitisme*, radica en el principio de un Dios Jehová y el pueblo elegido, Israel. Los ritos y ceremonias, la ley que una a ambos, he aquí la esencia de toda verdad; fuera de esto, nada, no hay más que el mal. Esta ideología no ha cambiado jamás. Los otros pueblos, la humanidad cambia, se levantan imperios y se hunden, surgen nuevos ideales: el Judaísmo se mantiene, envuelto en su exclusivismo; los judíos son los eternos inadaptados. El orden establecido, sea el que fuere, no estará nunca conforme con el sueño del pueblo de Israel que espera y desea la subversión.

La Tour du Pin define de una manera precisa los caracteres fundamentales de esa Religión judaica, cuando dice: «La Religión judía es esencialmente nacional. Las ideas de religión y de nación son inseparables, y así se explica que sea éste el único pueblo que habiendo perdido su tierra conserve su religión, siendo así que en la historia se da con frecuencia el caso contrario; pueblos que perdieron su religión sin dejar su arraigo en el país.»

La promesa de Dios al pueblo elegido consiste, según esos intérpretes judaicos, en el imperio del mundo, promesa a la que se da un sentido contrario a la Religión de Cristo. En esto se distingue de cualquier otra religión. «Es—dice La Tour du Pin—una ruptura con todo el género humano, con todas las religiones; pero, entre ellas, existe una a la que odia, la Religión de Cristo, porque precisamente su reino no es de este mundo y promete la felicidad en el más allá.»

Y respecto al carácter destructor de la religiosidad judaica, el citado autor judío Bernard Lazare escribe: «El día en que el pueblo judío ha desempeñado, como tal, una función civil, el Estado cristiano ha peligrado. Esta es la verdad, y los antisemitas que dicen que los judíos han destruído la noción de Estado, podrían decir, con más propiedad, que la entrada de los judíos en la sociedad ha implicado la destrucción del estado, claro está, del Estado cristiano.»

La Nación.

Subsistiendo la raza y la religión—cuyo elemento sobrenatural va corrompiéndose, como se ve, por una exégesis positivista y a veces blasfema, sobre todo en lo que se refiere a la maternidad divina de la Virgen—, subsiste lo esencial de la Nación judaica.

Los 20 millones de judíos dispersos por el mundo forman una unidad histórica, intelectual y moral. Aunque de tipos varios, circunstancia que se produce en todos los pueblos, son una nación, con todas sus características de raza, unidad de sentimiento y unidad de pensamiento.

Aunque dispersos, los judíos piensan del mismo modo en Nueva York, París, Praga, o en cualquier

otra parte: tienen idénticas ideas, igual manera de ver las cosas, se mantienen intactos, se aislan de los demás, dan vida a las organizaciones masónicas, tan poderosas en esas capitales. La Revolución francesa opinó que lograría asimilar los judíos, pero pronto se pudo observar lo contrario. Sus particularidades y caracteres se mantuvieron vírgenes. Como dice el autor judío Levishon, en su obra *Israel,* «la existencia continua de los judíos, desde el cautiverio de Babilonia hasta la Revolución francesa, es decir, durante 2.300 años, prueba que la Nación judía existe.»

El Judaísmo y el Nacionalismo judaico marchan estrechamente unidos. Hay dos cosas indudables. En primer lugar, que los judíos han constituído siempre una nación; se les ha considerado siempre miembros de la patria judía, solidaria y estrechamente unidos, aún después de su dispersión. Y en segundo lugar, que si alguna vez se ha abierto brecha en el nacionalismo absorbente de Israel, ello se ha producido únicamente cuando el Cristianismo ha logrado la conversión de un núcleo judaico y ha canalizado hacia su objeto lógico y real, Jesucristo, las esperanzas del Antiguo Testamento, limpiándolas de la escoria de falsas interpretaciones.

Ideal del Judaísmo

El Judaísmo, que coincide, según acabo de indicar, con el Nacionalismo judaico, como el Catalanismo coincide con el Nacionalismo catalán, posee un ideal concreto.

El que fué embajador de Francia en Hungría, personalidad muy conocida en nuestra patria, el conde de Saint-Aulaire, publicó el pasado año de 1936 un libro

titulado *Ginebra contra la Paz*. En uno de sus capítulos describe una escena que se desarrolló en Budapest, durante la revolución comunista de Hungría dirigida por el bandido judío Bela Kun, íntimo y persona de confianza de Lenín, que luego vendría a España para organizar la revolución y de quien daremos en lugar oportuno una referencia para que los españoles conozcan su trágica personalidad.

La escena ocurre durante un banquete del que participan, entre otros invitados, un judío de Nueva York, director de uno de los bancos que prepararon la revolución bolchevique; el conde de Saint-Aulaire, y varios judíos. El banquero y los demás judíos han abusado del *tokay* y puede sondeárseles acerca de cuestiones que probablemente, en otras circunstancias, se negarían a contestar.

Se pregunta al banquero que financió la revolución cómo la alta Banca puede proteger el Bolchevismo. El banquero responde: «Los que se sorprenden de nuestra unión con los Soviets olvidan que el pueblo de Israel es, entre todos los pueblos, el más nacionalista, y que nuestro nacionalismo es el más heroico porque ha resistido las persecuciones más terribles. Y no se acuerdan tampoco de que los judíos miramos siempre hacia adelante y de que nuestro reino *es* de este mundo.» «Los judíos—añade—comulgan en el Marxismo integral, en la Internacional, porque ésta es el arma de su nacionalismo.»

Sigue bebiendo. Y afirma que la revolución es en los tiempos modernos la sacerdotisa del culto del Oro. Si el becerro de oro sigue en pie, es segura la ruina de las Monarquías y los Imperios. «Lo que nutre nuestro becerro de oro, más que la creación de riquezas y su explotación, es su movilización. Cuando la riqueza cambia velozmente de mano, la mayor parte de ella

queda en nuestro poder. A la monótona canción de la prosperidad, nosotros preferimos la voz apasionada del alza y la baja. Para producirlas, nada hay tan eficaz como la revolución y la guerra, que es, también, una revolución. Además, la revolución y la guerra debilitan los pueblos, los colocan en situación de mínima resistencia contra las invasiones extranjeras. La salud de nuestro becerro de oro exige la enfermedad de ciertas naciones.»

Y para dar una prueba tangible de cuanto afirmaba, prosiguió: «Ved, por ejemplo, la Turquía de antes de la guerra, «el hombre enfermo» como le llamaban los diplomáticos. Este país enfermo era para nosotros un elemento de salud, puesto que nos prodigaba las concesiones de todas clases: bancos, minas, puertos, ferrocarriles, etc. Nos confiaron toda su vida económica. La cuidamos tan bien que el enfermo murió, por lo menos en Europa. Colocándonos, como siempre, en el punto de vista de acumulación de riquezas, teníamos necesidad de otro enfermo. Esta era ya una razón suficiente, *aparte de más altas consideraciones*, para inocular el bolchevismo en la antigua Rusia. Rusia es, por lo tanto, el enfermo de la post guerra, tanto o más nutritivo que Turquía y que aún se defiende menos. Helo aquí, a punto para un nuevo festín. Pronto será un cadáver; no tendremos más que descuartizarlo.» El conde Saint Aulaire es digno de crédito. Su comentario es muy sencillo. Lo suscribimos. Ante tal cinismo, repitamos el conocido aforismo jurídico: «A confesión de parte, relevo de prueba.»

Al servicio de ese ideal, pone el Judaísmo medios nada escrupulosos. Ha corrido por libros, folletos y periódicos, e incluso ha merecido verse reproducida en alguna biblioteca seria, una carta de origen judío, la cual fija bien los medios expeditivos de que siempre

se ha valido el Judaísmo y de que hoy se sirve la Francmasonería. Se escribió en el año 1641; en ella, los judíos de Constantinopla responden a una consulta de los de Arlés, antes de ser expulsados. Como verá el discreto lector, puede calificarse de documento precursor de los *Protocolos*. La ideología y el plan judaicos, en la misma expresados, están de acuerdo con los hechos. Se recomienda la revolución, desatada a fuerza de falsedad, hipocresía y traición.

El motivo de la carta fué el siguiente: publicados, en todas las naciones cristianas, edictos ordenando a los judíos bautizarse o extrañarse del país, el rabino de Arlés escribió al de Constantinopla por vía de consulta, y éste le respondió lo siguiente:

«Querido hermano Moisés:

Hemos recibido vuestra carta, en la que nos informáis de las contrariedades y desgracias que os toca sufrir. En ellas participamos nosotros. La opinión del gran rabino es la siguiente: Decís que el rey de Francia quiere que os hagáis cristianos. Si no podéis hacer otra cosa, haceos cristianos; pero guardad la ley de Moisés en vuestros corazones.

Decís que se os quiere quitar vuestros bienes: haced que vuestros hijos se dediquen al comercio y por medio de la usura os traerán poco a poco aquellos bienes.

Os quejáis de que amenazan vuestras vidas: haced a vuestros hijos médicos y farmacéuticos; así podrán ellos poner en peligro la vida de vuestros enemigos, sin riesgo de castigo.

Aseguráis que ellos destruirán vuestras sinagogas: procurad que vuestros hijos se hagan sacerdotes o altos dignatarios catedralicios, pues entonces podrán ellos destruir, de dentro a fuera, la Iglesia de los cristianos.

Y pues añadís que tenéis que soportar privaciones, haced que vuestros hijos sean abogados. Que se mezclen con todas las clases sociales y ocupen toda clase de puestos en el Estado; con ello tendréis finalmente sujetos los cristianos a vuestro yugo y podréis vengar en ellos tantas vejaciones.

Seguid estas órdenes que os participamos. La experiencia os mostrará que a pesar de la opresión de hoy, alcanzaréis el poder.

B. S. S. F. F., *El Principe de los Judíos en Constantinopla.*

A 21 de Kislew de 1641.»

No todos los judíos pensarían así. Pero así piensa, con documentos o sin ellos, el Judaísmo. Lo demuestran los hechos. Y de la malicia del Judaísmo participan todos los racismos heréticos.

Su organización

Hemos hablado de la solidaridad judaica universal. Poderosas organizaciones en que se basa esta solidaridad son: el *Comité judío de América,* la *Cámara judía de Diputados ingleses,* la *Alianza Israelita Universal,* la *Orden universal de los Bnai-Brith* (masonería reservada exclusivamente a los judíos), el *Bund* y el *Pole Sion.*

El primero actúa en América. Por hoy nos abstenemos de toda explicación sobre el mismo, ya que no es de interés general, aunque su importancia tiene con respecto al imperialismo intelectual de España.

Respecto de la segunda organización, que reside en Inglaterra como es natural, el periódico *Jewish World (El Mundo Judío)* decía en 1883: «La nueva

constitución de la Cámara de los Diputados marca una época en la historia de dicha Institución cuya verdadera importancia consiste en hacer posible a los judíos en Inglaterra la colaboración cuando la ocasión se presenta. En resumen: organiza los judíos de todo el Imperio y pone sus fuerzas disponibles en caso necesario.» Es de suponer que con los años transcurridos, la organización haya progresado enormemente: quizá no sería aventurado sospechar que la actitud del imperio con respecto a la guerra española se explica en virtud de su influencia.

La *Bnai Brith* es, como dije, una Francmasonería universal, reservada exclusivamente a los judíos, que contaba ya en 1920 con 75.000 miembros, distribuídos en 10 Grandes Logias y en 492 Logias, diseminadas por Estados Unidos, Rumanía, Austria, Francia, Checoeslovaquia, Egipto, Palestina, etc. Su misión es servir de lazo de unión entre la *Alianza Israelita* y las demás grandes organizaciones judaicas. Trato distinguido tienen, como se ve, los judíos, por parte de la Masonería, como no podía menos de ser, dada la íntima relación que existe entre una y otros.

La *Alianza Israelita* dispone, según dice el ex ministro alemán Erzberger, en su obra *Recuerdos de guerra*, de enormes recursos financieros y defiende los intereses judaicos en todo el mundo. Fundóse en París, en 1860, y está unida, estrechamente, con la Masonería.

En Rusia, la mayor organización revolucionaria fué siempre el *Bund* judío. Respecto de dicha organización, dice A. S. Rapport en su *Pionners of the Russian revolution (Los precursores de la Revolución rusa)*: «No solamente el heroísmo del *Bund* dejó estupefactos a los reaccionarios, sino que sirvió de modelo a los que combatían por la libertad (sic), a los inicia-

dores de la Revolución rusa. No hubo una sola organización política en este vasto imperio que no recibiese la influencia de los judíos o fuese por ellos dirigida. El partido socialdemócrata, el partido socialista revolucionario, el partido socialista polaco, todos, contaban con judíos entre sus jefes. El *Bund* fué una Unión general de trabajadores rusos, al principio opuesta a todo nacionalismo, después impregnada de sentimientos nacionalistas judíos.» De aquí resulta que ya desde un principio el Comunismo y la Revolución rusa recibieron el poderoso empuje del Judaísmo.

El *Pole Sion*, que todavía subsiste según el escritor judío Elías Eberlin, se propuso la creación de un estado socialista judío en Palestina. El partido cree necesario, para la existencia y desarrollo internacional del pueblo judío, la existencia de un centro nacional y político en Palestina.

Poncins no asegura que toda esa formidable organización judaica necesite de la dirección única, de un Gobierno mundial judío oculto; indica que la unidad de dirección y acción judaicas se explica suficientemente por el exclusivismo religioso y la unidad racial. Creo, sinceramente, que existe este gobierno oculto, cuyos efectos pueden experimentarse por la rapidez en las determinaciones en momentos de lucha o peligro, y la prontitud en proveer de fondos a sus organizaciones, en socorrer a los suyos, en acudir a financiar elecciones o revoluciones...

CAPÍTULO II

Líneas generales del Internacionalismo judaico

Su razón de ser y su espíritu

El Judaísmo, para acercarse al ensueño político de un mundo gobernado por Israel, se dedica a dos labores: destructiva, demoledora de poderes cristianos, la primera; y constructiva, coordinadora la segunda. De ambos modos se logra la unificación indispensable para edificar el templo de la Jerusalén terrestre.

La tarea demoledora explica el influjo decisivo que ha tenido el Judaísmo en las revoluciones de carácter mundial, y especialmente en las de índole republicano-socialista y comunista. Hay un estilo internacional en la destrucción de valores espirituales y de poderes surgidos del alma del pueblo y consolidados por siglos de victorias y amarguras. Un estilo que unifica lo destruido y que advierte al pueblo la existencia, en la penumbra, de una mano dura y astuta que agita los hilos de la farsa y toma posiciones ventajosas: la mano del Judaísmo y de su hija adoptiva la Francmasonería. Las revoluciones que llevan la marca de tal estilo poseen una horrible grandeza diabólica. Por algo suelen ser vecinos la cumbre y el abismo. El pueblo elegido, en cuya altísima cumbre se posó la Divinidad,

tiene con frecuencia, una vez que ha renegado de su Salvador, negras honduras de sima.

La tarea coordinadora, el anhelo de reunir todas las naciones bajo el mando único de Israel, da la clave de la influencia preponderante que el Judaísmo y la Masonería han tenido en la fundación y marcha de la Sociedad de las Naciones. En ciertos momentos, su Consejo y algunas de las instituciones que han crecido a su vera, han evocado la imagen del Sanedrín y de sus dependencias. En cambio, de un modo sistemático y habilísimo, se ha evitado la influencia de la Iglesia y especialmente del Romano Pontífice en la Sociedad de las Naciones.

Sin perjuicio de insistir en otros capítulos, voy a hacer algunas consideraciones que confirmen este modo de ver la política internacional de las últimas décadas. Pero no sin aceptar que ésta no es la única causa ni de las Revoluciones, ni del laicismo de la Sociedad de las Naciones. Sería demasiado cómodo achacarlo todo al Judaísmo. Mucho hemos dormitado los católicos y muchos han sido los desaciertos y escándalos que han concitado las tormentas populares y han helado la savia católica en la vida internacional.

Además, yo no comparto la solución que algunos propugnan para evitar los daños del Internacionalismo judaico. Perseguir con saña los judíos, sin distinguir entre judío y Judaísmo, me parece injusto y contraproducente. Hay que luchar denodadamente contra el Judaísmo y la Masonería, hay que ponerlos implacablemente fuera de la Ley en nuestra Patria; pero, a la vez, hay que abrir un cauce al judío de recta intención para que se sienta más atraído por las normas civilizadoras de las Naciones cristianas y el Internacionalismo católico que por la histérica sed de oro y

dominio propia del Judaísmo. No suele curarse una causa mala, oponiéndole otra de la misma naturaleza, sino diluyéndola en principios opuestos. Mas diluyéndola, claro está, con precauciones, con vigilante firmeza, como quien maneja una substancia tóxica, y evitando, por consiguiente, ingenuidades que nos han costado ríos de sangre.

Labor demoledora del Judaísmo

Fundadores de la Internacional fueron, entre otros elementos, los siguientes judíos: Carlos Marx, Naumeier, Friburg, James Cohen, Lassalle, Aaron, Adler, Frankal, etc. Nossig, en su discutible libro *El Judaísmo integral*, escribe: «El movimiento socialista moderno es, en gran parte, obra de los judíos. Fueron también judíos los que imprimieron la dirección principal a las primeras Repúblicas socialistas.» Y añade: «¿Para qué insistir? ¿No es suficiente mencionar los nombres de los grandes revolucionarios judíos, de los siglos XIX y XX, Karl Marx, Bela Kun, Lassalle, Kurt Eisner, Trotsky y León Blum, para que queden citados los principales socialistas modernos?... Si no es posible afirmar, de una manera categórica, que el bolchevismo sea una creación judía, nadie negará que sus principales jefes y los que han desempeñado en él oficio más importante son judíos.»

Kadmi-Cohen, judío, escribe que en casi todas partes los judíos son republicanos: «La República, que tiende a la nivelación, ha sido siempre una de las aspiraciones más hondamente sentidas por los judíos.» Frase luminosa. El Judaísmo es republicano, porque la República tiende a la nivelación.

Si de las afirmaciones más o menos generales, des-

cendiésemos al pormenor, como se hará en otros capítulos de este folleto, hallaríamos la confirmación más espléndida. Prescindamos momentáneamente de la historia revolucionaria mundial. ¿Habremos olvidado, por ejemplo, que el judío León Blum, junto con el masón Juan Longuet, especialista en complots, visitaron España en junio de 1930, pocos días antes de la huelga revolucionaria de Málaga, Granada y Córdoba, mientras se incubaba la República, y llevaron la dirección de tenebrosas combinaciones financieras? La posición actual del Gobierno francés nos lo recuerda. Gracias al mismo Blum, jefe hoy del partido socialista francés y del Gobierno del Frente Popular, la guerra civil no terminó, en dos semanas, con el triunfo radiante de nuestras armas, por el escandaloso apoyo que León Blum, socialista, masón y judío, prestó, de acuerdo con Rusia, al mal llamado Gobierno rojo. Como buen judío-masón, obtuvo del Parlamento francés un voto de confianza para oponerse al escandaloso tráfico y contrabando de hombres, armas y municiones y a pesar de manifestarse contrario, en sus discursos, de dicha ayuda, siguió respaldándola. Procedimiento característicamente judaico. Y en cuanto a las republiquillas separatistas, baste notar que Navachine, director de la *Banca Moscovita* en París, misteriosamente asesinado en el Bois de Boulogne y que financiaba todas las revoluciones, estuvo en relación con Companys y demás adláteres de la revolución en Cataluña cuya campaña subvencionó, y hacer memoria de los tratos de Maciá y Companys con Lévy, Block, etc. El nombre de estas familias, ejes del Judaísmo internacional, ha sonado con frecuencia en la radio de la Generalidad, durante la guerra.

Pero, tanto como el hecho del espíritu demoledor que agita al Judaísmo, me interesa su plausible ex-

plicación. Según los partidarios del herético racismo, el judío es incapaz de comprender las relaciones de carácter personal: la amistad sincera, el sentimentalismo, la caballerosidad, el régimen de familia, repugnan a su naturaleza. Esto es absurdo. Precisamente los judíos han sido el pueblo patriarcal por excelencia, sin que intente con esta afirmación disimular sus defectos. Y no menos absurdo me parece sostener que el judío, como tal, por su origen nómada, semita, es incapaz de sentir el régimen de propiedad privada, ya que los mismos racistas se lamentan de la usura peculiar en el israelita.

Más lógica, más humana y sincera, juzgo la hipótesis del judío Bernard Lazare, expuesta principalmente en su obra *Les Juifs d'aujourd'hui*. «La oposición instintiva a todo orden establecido—escribe—es consecuencia directa de su esfuerzo secular por mantener la inmutabilidad de su ideal y sus tradiciones.» Por ello, el Judaísmo trabaja, en el seno de todos los países, para disolver todo sistema político, religioso y social. Es cierto que ha logrado hundir en la nada o en el caos naciones enteras. Destruyen con miras a un instinto de propia conservación. El mismo autor lo aclara diciendo: «Cuanto más radical es una revolución, tanto más resulta en favor de la igualdad y la libertad de los judíos. En cambio, basta una sencilla orientación hacia la derecha para exponer los judíos al boicot. De modo que la nación judía nunca puede colocarse al lado de la reacción, de la vuelta al pasado, porque ello representaría para el judío la continuación, o la vuelta a las para él anormales condiciones de vida.»

Influencia judaica en la Sociedad de las Naciones

Como expresión tangible del Internacionalismo judaico en su aspecto positivo, constructor de un nuevo poder, hay el influjo poderoso de Israel y la Masonería en el nacimiento, índole y desarrollo de la Sociedad de las Naciones, y de los Departamentos que prosperan bajo sus auspicios, como la Escuela Nueva, etc.

Un dato, para empezar: El Primer Congreso Mundial Judío, convocado en la segunda semana de agosto de 1936, se celebró en el mismo salón de la Sociedad de las Naciones. Singular coincidencia. Así como la Constitución de la República española se proyectó y redactó en las logias masónicas—aserto que sobre ser cierto es ya del dominio público—, así también la Sociedad de las Naciones fué planeada y es utilizada por el Judaísmo.

La idea capciosa de una Liga Internacional Permanente de la Paz, y no de la Justicia, es idea judaica. Su secretario fué el judío Passy. Ya en 1864, el periódico *Los Archivos Israelitas* decía por la pluma del judío Levy Bing: «¿No es natural, y aún necesario, que veamos pronto establecido un Tribunal Supremo a que se sometan los grandes conflictos públicos, las querellas entre nación y nación, que juzgue en última instancia y cuya última palabra haga fe? Esta última palabra será la palabra de Dios, promulgada por sus primogénitos los hebreos, ante la cual se inclinará con respeto la universalidad de los hombres, nuestros hermanos, nuestros amigos, nuestros discípulos.»

Los días 28, 29 y 30 de junio de 1917 se reunió en París el Congreso de las Masonerías de las Naciones aliadas y neutrales, el cual elaboró las bases, el ante proyecto, del tratado de paz. Su libro de actas ha sido

publicado íntegramente por el vizconde de Poncins en su obra *S. D. N., Super-Ètat maçonnique*. La convocatoria decía: «Este Congreso tendrá por misión buscar los medios de llegar a constituir la Sociedad de las Naciones.» El libro de actas insiste mil veces en la misma idea y da por misión a la futura Sociedad de las Naciones ser un supragobierno mundial que asegure e imponga los principios de la Revolución francesa en el gobierno de los pueblos.

En el Congreso de la Unión Mundial de la Juventud Judía, celebrado en 4 de agosto de 1926, el masón Justin Godard proclamaba que «los judíos son el más firme sostén de la Sociedad de las Naciones, la cual les debe su misma existencia.» El judío Cassin dice más claramente: «El renacimiento del sionismo es obra de la Sociedad de las Naciones.» Recuérdese que con la excusa del reconocimiento de minorías la Sociedad de las Naciones creó el hogar judaico en Palestina.

Desde luego, me parece inadmisible esa intromisión, ese gobierno sordo y tenaz del Judaísmo a través de la Sociedad de las Naciones. La actitud de la misma en los conflictos de Abisinia, de Manchuria y más reciente y dolorosamente en la guerra española, muestra los peligros de tal influencia. Las cancillerías de las naciones cristianas deben ponerse de acuerdo para que de subsistir la Sociedad subsista respetando la Religión y los intereses de sus principales miembros. En este asunto no caben paliativos. Si los judíos quieren como tales influir en la Sociedad de las Naciones, que se constituyan en nación y de ahí no pasen. Será una nación más en el concierto mundial. Si Dios quiere que continúe la dispersión de Israel, si no forman un Estado, que se limiten a cumplir como buenos ciudadanos en los diversos Estados que les han acogido, que pongan sus intereses lealmente al servicio de las

empresas y necesidades de estas naciones benévolas, humanas, cristianas, y que renuncien a sus ensueños de dominio internacional. Mientras el Judaísmo no adopte esta posición, habrá motivo para que se recele del judío, desde el punto de vista patriótico. A ellos, más que a las naciones católicas, interesa cambiar de línea de conducta. El buen sentido de la mayoría de judíos debe imponerse a la codicia y sed de dominio y venganza de los logreros internacionales y de los refinados apologistas de un Talmud, tan decrépito y pernicioso como los procedimientos judiciales de Indochina.

CAPÍTULO III

El oro y la Prensa, instrumentos del Judaísmo

La tiranía del oro según los Protocolos

Mucho se ha discutido acerca de la autenticidad de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, o Acuerdos del Congreso judío celebrado en Basilea en agosto del año 1897, depositados en el *British Museum* desde principios de siglo y cuya primera edición se imprimió en Rusia, por Nilo Sergius, en 1901. Lo más reciente sobre esta controversia es el estudio publicado por W. Creutz en 1936. Resume admirablemente la controversia y prueba que tanto los Protocolos, como las obras de Joly y Jacobo Venedey en que se inspiraron, son plantas nacidas en el terreno del Judaísmo y que recogen inspiraciones emanadas de los creadores del moderno internacionalismo judaico. Los pensamientos contenidos en los Protocolos no difieren en lo substancial de las ideas propugnadas por el fundador de la *Alianza Israelita Universal*, Crémieux, por Baruch Lévy en su carta a Karl Marx, por el conde Kalergi-Coudenhove, y por otras figuras semejantes. Mas los Protocolos expresan el plan judaico con plasticidad extraordinaria, y de ahí que para nuestra labor vulgarizadora prefiera su texto a los mencionados.

Voy a transcribir los párrafos relativos al dominio por medio del oro, más elocuentes que cualquier comentario o glosa. Dicen así:

El poder del oro ha matado la Religión. La Anarquía nos entrega los pueblos.—«En nuestros días, la potencia del oro ha suprimido la de las Autoridades liberales. Hubo un tiempo en que la Religión gobernaba. La idea de Libertad es irrealizable, porque nadie sabe usar de ella con discreción.

Basta ceder un instante el poder a la multitud para que en seguida se convierta en una turba desorganizada. Al momento nacen disensiones que no tardan en degenerar en conflictos sociales; se incendian los Estados y toda su importancia desaparece. Bien sea que un Estado se arruine por sus convulsiones interiores, o que se entregue por sus guerras civiles a un enemigo exterior, en uno y otro caso puede considerarse como definitivamente destruído: ya está en nuestro poder.»

El oro nos pertenece.—«El despotismo del capital, que está enteramente en nuestras manos, ofrecerá a este Estado un clavo ardiendo, al cual tendrá que agarrarse inevitablemente para no rodar al abismo.»

La Aristocracia judía, plutocrática.—Después de haber arruinado la nobleza y los terratenientes, socavado la Monarquía, y suprimido privilegios, crean una nueva aristocracia plutócrata. Dicen: «Sobre las ruinas de la aristocracia hereditaria, hemos creado, para nosotros, otra nueva, sobre base plutocrática. La hemos establecido sobre la riqueza, cuyo control nos pertenece, y sobre la ciencia promovida por nuestros sabios.»

Puntualiza los medios, los procedimientos de que se vale la prensa del Judaísmo, y hace notar lo siguiente: «Merced a la prensa, hemos acumulado el

oro, aunque nos haya costado olas de sangre y el sacrificio de muchos de los nuestros, pero cada uno de nuestros sacrificios vale, a los ojos de Dios, por el de millares de *goim* (gentiles, no judíos).»

El hambre y el derecho del oro.—«El hambre conferirá al capital sobre el trabajador derechos mucho más férreos que jamás haya concedido a la aristocracia el poder férreo del soberano. Gobernaremos las masas sacando partido de los sentimientos de odio y envidia encendidos por la opresión y la necesidad, y por medio de estos sentimientos nos desharemos de los que embarazan nuestra marcha.»

Crisis económica mundial.—Este odio, que ellos habrán cuidado de crear, se incrementará por las crisis económicas «que detendrán los mercados y la producción. Por todos los medios posibles y con la ayuda del oro, crearemos una crisis económica mundial. Simultáneamente arrojaremos a la calle, en todo Europa, enormes multitudes de obreros que se sentirán dichosos de precipitarse sobre los que por su ignorancia han odiado desde su niñez, y derramarán su sangre y podrán apoderarse de sus bienes.» Todo ello, publicado en 1901. ¿No se cumplió en Rusia? ¿No siguen los rojos idéntica trayectoria en la España no recobrada por nuestras armas, cumpliendo al pie de la letra los terribles vaticinios judaicos?

El becerro de oro.—«La lucha por la superioridad y las especulaciones continuas en el mundo de los negocios crearán una sociedad desmoralizada, egoísta y sin corazón. Esta sociedad llegará a ser completamente indiferente en religión y política por la cual sentirá bastante aversión. La política del oro será su única guía, y hará todos los esfuerzos para adquirir ese oro que le asegurará los placeres materiales cuyo culto constituirá su aspiración.»

El oro, potencia de gobierno.—«Todas las rueda del mecanismo del Estado se mueven por una fuerz que está en nuestras manos: el oro. La ciencia de l economía política, elaborada por nuestros sabios, h probado ya que el poder del capital rebasa el prestigi de la corona.»

No quiero fatigarte, lector. Entiendo que los texto que he elegido de los Protocolos bastan cumplida mente para dar a conocer el afán desmesurado del Ju daísmo por el oro. No se trata de una simple avaricia Ve en el metal preciado un Fin: con él conseguir destruir el orden social cristiano.

Confirmación histórica de la teoría de los Protocolos

La teoría de los Protocolos acerca del dominio ju daico mediante el oro, se confirma por la Historia de l Edad Media, el Renacimiento y las revoluciones con temporáneas.

Durante el transcurso de su historia, el judío, má bien que productor de primeras materias—agricul tura—ha sido comerciante, y más que comerciante, ca pitalista o prestamista, según las circunstancias.

Al fin de la Edad Media aparece una nueva potencia el Capital. No existía en aquella época más que la pe queña industria. El Comercio, poco activo, no se des arrollaba por falta de crédito, ya que la mentalida cristiana miraba con repugnancia el préstamo con in terés, y en especial con interés de tipo algo elevad Sólo los hebreos pudieron ser prestamistas, pero com no fueron más que consentidos o tolerados y siempr con la amenaza de expulsiones y represalias, ni el Co

mercio, ni las Finanzas lograron auge. Después del Renacimiento, cuando la Reforma conmovió las mismas bases de la ideología cristiana, el Capital dejó de ser un medio y fué elevado a la categoría de fin.

Así entramos en la época moderna. El Judaísmo, que por otra parte ha perfeccionado su organización, la ha internacionalizado cada vez más, y es ya una entidad moral distinta del pueblo judío, es el principal amo del capital. Con su concurso debe contar todo productor. Hay más: el crédito de tipo judaico engendra la especulación bursátil, de tipo casi delictivo en muchas ocasiones, y esa especulación en el aire, sin base, produce *craks* desastrosos. El industrial masonizado, judaizante, consigue, mediante alianzas con la especulación, hundir industrias honestas, con base real y con desarrollo según normas éticas. La Banca judaico-masónica ha logrado hipotecas sobre riquezas que jamás debieron quedar expuestas a semejante peligro.

Lo propio ha ocurrido con algunos Estados. Después de la crisis mundial, muchos Estados se ven apurados por los déficits y la carencia de trabajo, lindan con la quiebra, y se ven precisados a desvalorizar la moneda, con lo cual aumentan los precios, etc. Ningún país como Francia, regida por el judío Blum, es un ejemplo viviente de ese proceso. La moneda se hunde, las huelgas se multiplican, los víveres suben de precio, y toda la Nación adivina que una mano férrea la conduce al desastre.

Las finanzas como instrumento político

Las finanzas judaicas y la Revolución están casi siempre de acuerdo para conseguir, en ayuda mutua, los fines del Judaísmo.

En primer lugar, está la ayuda bancaria judaica al Socialismo. El tratado de Versalles reveló este secreto ya predicho por escritores de clara visión. Escribe G. Batault, en su obra *Le problème juif*: «Se acusa a los financieros judíos y a los judíos revolucionarios de haber impuesto, de común acuerdo, una paz judaica. Es una impresión muy extendida que la paz cristalizó merced a la entente entre dos Internacionales: la del oro y la de la sangre, dirigidas por judíos selectos que se pusieron de acuerdo para convertir el orden en desorden, con vistas no sólo a los beneficios inmediatos, sino a lograr, con el tiempo y en perjuicio de la civilización occidental, unos ideales de oriente, obscuros, inexplicables. Sin duda alguna, el ideal judío. Bancos judíos dieron los fondos necesarios para la Revolución rusa, ayudando a Lenín, a Trotsky, y aún a su antecesor Kerensky, también judío.» Judío y masón, por cierto.

En un discurso pronunciado por el laborista norteamericano Samuel Gompers, se afirmó, entre otras cosas, que «era especialmente importante la adhesión a la causa bolchevique del grupo bancario judaico anglo-americano-germánico, a los que suele llamarse financieros internacionales para disimular su verdadera filiación.» Rusia se ha norteamericanizado. Judíos son, en su mayoría, los que financian su industria, esa industria que recuerda las obras egipcias y que ha permitido al Estado soviético competir ventajosamente con varias industrias occidentales, de las naciones cristianas.

Da pena el pueblo ruso suprimiendo el capitalismo nacional para entregarse al judaico. Arrojaron un dueño nacional, que entraba por vías de justiciero reformismo, para sujetarse a otro de mezquinas condiciones morales y de nulo patriotismo.

En la Revolución española, como en todas las demás contemporáneas, ha intervenido eficazmente la Finanza judaica, como veremos en su capítulo correspondiente.

La Prensa judaica. Teoría de los Protocolos

¿Qué importancia tiene la Prensa? ¿Cómo se sirve de ella el Judaísmo? La respuesta nos la dan también los Protocolos.

«La Prensa—dice la edición de 1901—en manos de un Gobierno es una gran potencia, con la que domina la conciencia pública. Pone de manifiesto las reclamaciones del pueblo, informa sobre los motivos de queja, y a veces acrece el descontento. La palabra libre nació de la Prensa, pero los gobiernos no han sabido sacar partido de esta fuerza y cayó en nuestras manos. Por la Prensa hemos adquirido influencia permaneciendo entre bastidores.»

La Prensa, la opinión pública y nuestro éxito.— Para favorecer «nuestro plan mundial que está tocando a sus fines, nos es preciso influir sobre los gobiernos de los *goim*, mediante eso que llaman opinión pública, predispuesta por nosotros por medio del mayor entre todos los poderes, la Prensa, que salvo insignificantes excepciones en las que no vale la pena de detenerse está en nuestras manos. En breve plazo, para demostrar que todos los gobiernos de Europa nos están subordinados, manifestaremos nuestro poder a uno de ellos mediante crímenes y violencias, es decir, por un reinado de terror, y caso que se vuelvan contra nosotros, responderemos con los fusiles americanos, chinos o japoneses.» Se refieren, evidentemente, a la Revolución rusa.

Fines desorganizadores de la Prensa judaica.— De una manera general «nuestra Prensa atacará los gobiernos, las instituciones de los *goim*, religiosas o de otras especies, por medio de toda suerte de artículos poco escrupulosos, escritos con la única intención de difamarlos, hasta un punto a donde únicamente nuestra prudente nación es capaz de llegar.» Hasta aquí los Protocolos. 1901.

Los hechos confirman esa teoría de los Protocolos

Por vía de ejemplo, hablemos de Francia. Para dirigir su actual movimiento revolucionario, se fundó *L'Humanité*, nombre que tradujo el periódico revolucionario barcelonés de Companys y Block *La Humanitat*. Da la casualidad de ser judíos todos los capitalistas de *L'Humanité*: Lévy Bruhl, Levy Bratn, A. Dreyfus, L. Dreyfus, Elías Rodríguez, León Picard, Blum, Kasevitz, Salomón Reinach, Rouff y Sachs. Como el periódico tiene déficit, suele cubrirlo un misterioso capitalista judaico-ruso. Recientemente me he enterado de que la caja del periódico está en la Embajada Soviética de París.

Mr. Robert Lefevre dió, en el mes de mayo de 1936, una conferencia en París, de la que entresaco los datos siguientes: «Se publican en Francia 48 diarios comunistas, con una tirada de 165.600 ejemplares cotidianos. Estrechamente ligado al Gran Oriente Francés, vértice de la Masonería francesa, se halla *Le Populaire*, en el cual vegetan muchos judíos, desde Blum hasta Rosenfeld, en cuyo reciente proceso se echó de ver el poderío de una fuerza recóndita. El redactor-jefe de

L'Oeuvre es Gran Orador de Logia, y uno de sus principales colobóradores, M. Digoin, es Gran Maestre. *L'Ere Nouvelle* está dirigida por dos grados 33, Gaborieau y Raül Aubaud, miembro del Supremo Consejo de la Masonería, y otros masones de menor calibre, como Charpentier, Augelle, Ponsot, figuran en su cuadro de redactores y colaboradores. En *Volonté* se encuentra Alfred Dominique, masón, cuyo nombre salió a relucir en el negocio del judío-masón Stavisky. En cuanto a semanarios y quincenales, hay judíos y masones en *Marianne, Le Crapouillot, Vendredi, La Fleche,* etc. Vogel dirige la revista *Vu,* en cuya empresa sólo figuran hebreos y masones. Y Jorge Boris, que se casó con la hija de Krassine, dispone a su antojo de *Lumière.*

En Alemania, la situación no era más halagüeña antes del régimen hitleriano. Las tres cuartas partes de su Prensa eran judaicas. Las Agencias telegráficas Wolf, Hirch, y Press Telegraph, que informaban toda la Prensa germánica, lo eran asimismo. Hitler ha suprimido las agencias judaicas y tengo entendido que en la actualidad sólo existe la *Deutsche Nachrichten Bureau* (D. N. B.) completamente al servicio del Nacionalismo alemán.

No es oportuno hablar de otros países. En España, antes del funesto 14 de abril, la prensa judaico-masónica y especialmente *Heraldo de Madrid, El Sol, El Socialista, El Liberal* y algunos periódicos separatistas multiplicaron hasta lo indecible las más soeces calumnias contra el rey don Alfonso XIII, S. E. el cardenal Segura, las órdenes religiosas, don Miguel Primo de Rivera y el Ejército. De no mucho sirvió la Prensa derechista servida entonces por las masónicas agencias Havas, Fabra, etc. Antes del 16 de febrero de 1936 se reprodujo el mismo fenómeno. Surgieron, como por

ensalmo, nuevos periódicos de tipo architriangular —*Abril*, por ejemplo—y junto con los que ya cantaban en el tono dictado por la secta judaico-masónica sembraron gérmenes de odio, prepararon deliberadamente y con refinamiento la tragedia española.

Dos funciones—positiva y negativa—de la Prensa judaico-masónica

La Prensa judaico-masónica es temible por lo que dice: ensalza todos los valores negativos, la anarquía social y ética, el nudismo, la falsa espiritualidad y el engañoso internacionalismo; trata livianamente cuestiones serias, como el divorcio o la vida religiosa; y propaga el más desenfrenado relativismo, derrocando todos los valores absolutos de la civilización cristiana, sin los cuales ningún sistema político o social puede arraigar en nuestras naciones como no sea para hundirlas. Pero no es menos temible por lo que calla.

Abstiénese, en efecto, de publicar lo que pueda entorpecer la aplicación del siniestro plan judaico. Las obras, los autores, que no secundan a Israel y a la Masonería, son tratados despectivamente; los acontecimientos capaces de vigorizar el nervio religioso o patriótico de la raza son tendenciosamente modificados o no se habla de ellos; y la perfidia llega, como hacían los rotativos gráficos barceloneses, a publicar sistemáticamente una fotografía inmoral o una noticia sectaria cuando no hay más remedio que dar alguna información favorable a la Religión o a la Patria, con el objeto de que las primeras contrarresten el efecto saludable de la segunda. Considero tan importante esta cuestión que me permitiré explicar con algún detalle

tres casos actualísimos de la «conspiración del silencio».

Henry Ford inició una campaña muy dura contra el Judaísmo. A renglón seguido, se desencadenó contra el industrial norteamericano una terrible campaña periodística mundial y se intentaron varios procesos contra el mismo. Un accidente de auto, con visos de atentado, puso en peligro su vida. No le quedó más remedio que abandonar la partida y retractarse.

Algo parecido le ocurre al eminente escritor vizconde de Poncins. Se quiso traducir en Norteamérica su obra *Las fuerzas secretas de la Revolución*, pero, consultado el propósito con un abogado eminente, respondió en carta a los futuros editores: «Aunque las afirmaciones contenidas en obra tan interesante puedan estar justificadas y sean susceptibles de prueba, las personas y asociaciones criticadas en la misma gozan de tanto poder en nuestro país que si se publicaba sobrevendrían contra nosotros costosos procesos.»

Al publicarse la obra de Hitler *Mi lucha*, la Liga contra la Difamación, asociación ésta netamente judía, envió una circular a los periódicos judaico-masónicos de domicilio inglés, en la cual decía: «Tenemos interés en ahogar la venta de este libro. La mejor manera de conseguirlo es negarle toda publicidad. Cualquier comentario o crítica sobre dicha obra atraerá la atención de mucha gente que de otro modo ignoraría su misma existencia. Cuanto menos se hable de él, menos se venderá, etc.»

Podríamos extendernos mucho en este aciago y transcendental asunto. Acaso deberíamos hablar de otros instrumentos secundarios del Judaísmo y particularmente del cine, que produce estragos inauditos en la niñez y en el pueblo, y cuyas empresas judaicas lanzan sistemáticamente cintas de propaganda israelí-

tica y de matiz anticristiano. Pero, lo esencial, los do
ejes del carro imperial hebreo, son ciertamente lo
que dejamos apuntados: el Oro y la Prensa. El Ne
gocio y la Pseudocultura.

CAPÍTULO IV

Judaización del mundo moderno

Sus principales manifestaciones

Merced a los instrumentos estudiados en el capítulo anterior, el mundo moderno se ha judaizado. Las grandes industrias, la alta política, las guerras, los tratados de paz, giran casi siempre en torno de un grupo judaico. La faz característica del hebreo sonríe en los Consejos de Administración y se asoma a los Consejos de Ministros. Y la Sinagoga levanta sus cúpulas de oro, en la severidad de Ginebra, junto a los parques geométricos como el pensamiento de Calvino, entre los hotelitos de la diplomacia mantenida por la Sociedad de las Naciones.

Mas el Judaísmo penetra por todas partes. Sus dogmas, que niegan la moral cristiana y difunden el liberalismo extremo, con fines ya expuestos en esta obra, invaden la conciencia del obrero, que se rebela contra toda autoridad, del amo que no acepta las normas externas de la Justicia, del soldado que refunfuña contra sus jefes, del católico que discute las directrices romanas, de la mujer que flirtea descaradamente, e incluso del niño que no obedece ya si la autoridad paterna no justifica el motivo de su determinaciones.

Mucho han contribuído a tales resultados las organizaciones masónicas, a saber: la Masonería propiamente dicha, con sus ritos judaicos y su liberalismo procaz; el Rotarismo, que pone el capital católico a las órdenes de sus enemigos internacionales; el Espiritismo y el Naturismo, que descristianizan las masas populares, y se infiltran en los movimientos obreristas y sobre todo las Ligas de Librepensamiento y la organización internacional de la Escuela Nueva, dirigida por Ferrière, que ha desmoralizado y anarquizado las clases directoras, so pretexto de especiosas novedades. Cuando se ha suprimido la tarima del maestro, para ponerle al mismo nivel que sus discípulos, y se ha substituído la palabra «maestra» que viene de «más» de perfección cristiana, por la de «jardinera de la infancia» que destila sensiblería morbosa, todos nos hemos sonreído, todos lo hemos aprobado calificándolo de feliz innovación, sin percatarnos de que arruinábamos en el espíritu infantil el sentido de la autoridad, el sacrificio y el deber.

Además de los dos factores básicos—Prensa y Oro—y de los de tipo masonizante, han contribuído a engendrar el triste producto de la descristianización mundial el Cine y la Moda. En los albores de la juventud no se recibe impunemente el chubasco de imágenes lascivas y de humorismo escéptico que el Cine derrama todos los días festivos sobre escolares y aprendices. El Cine es, para todos y en especial para el obrero y el joven, la intoxicación sistemática, una especie de gases asfixiantes psíquicos. El ademán del criminal, el gesto absurdo de la iracundia histérica, el porte miserable del afeminado, todo eso se graba en lo más íntimo del cerebro, y luego engendra reacciones psíquicas que destrozan el carácter mejor templado y desvían el temperamento más rectilíneo.

Y ¿qué decir de la Moda? Yo no ataco la Moda contemporánea puramente por inmoral, aunque en este terreno me parece nociva en grado sumo, sino, además, por anárquica y grotesca. Hay que desengañarse: la mujer con demasiada pintura, llamativa en vez de atractiva, y en vez de amable provocadora, que emplea horas en el arreglo personal y minutos en lo que exige sacrificio, no es la más adecuada para constituir hogares cristianos y educar tradicionalmente a su prole. Ya será mucho si se resigna a engendrarla. La Moda, por otra parte, ejerce una función parecida a la del Cine: induce a relajamiento. La niña todavía inocente es vestida con descoco, lo cual la inclina a la sensualidad y desconcierta sus todavía inseguras normas morales. La desnudez en la playa, en los grandes teatros y actualmente en todas partes, pues ya es muy difícil distinguir entre una mujer viciosa y la mayoría de mujeres decentes, incita a la juventud, la distrae de sus obligaciones y ahoga en flor todo sentimiento grande, heroico, en pro de la Patria o la Religión.

Y todo eso, engendra en el pueblo una envidia formidable. Se acumula el nerviosismo social, en las clases humildes, y estalla en tempestades asoladoras. El pueblo es naturalmente envidioso. Su cultura poco sólida, su labor a veces dura, le llevan al malhumor, a la crítica, a la rebeldía. Sólo una filosofía altísima y sencilla, como la que le proporciona la doctrina cristiana, y unos ideales como aquellos que mantuvieron la cohesión social y patriótica durante nuestra Edad de oro, pueden sobreponerse a esos malos instintos y sostener la paz y la alegría y el respeto en el espíritu de las muchedumbres. El Judaísmo ha logrado descristianizar el pueblo y a la vez ha impulsado el exhibicionismo en las clases ricas, el mal ejemplo en las alturas y el escepticismo en la intelectualidad. En ello radica todo el

plan judaico. Un mundo tan judaizado como el moderno viene a ser una especie de polvorín moral. Cuando se le aplica la mecha revolucionaria, arde y pone en grave riesgo la existencia misma de la Civilización cristiana. Desgraciadamente, los hechos ratifican nuestro aserto y replican al Positivismo con más elocuencia que todos los predicadores y filósofos.

CAPÍTULO V

Judaísmo y Socialismo

Coincidencias entre las ideologías y la organización del Judaísmo y el Socialismo

Antes de bosquejar la influencia judaica sobre las revoluciones contemporáneas y singularmente sobre la española, creo necesario dar cuatro datos sobre los precedentes de ellas, o sea, sobre las coincidencias del Judaísmo y el Socialismo.

Ya he citado algunos textos que muestran la identidad substancial entre la ideología socialista y muchos aspectos del pensamiento judaico. Alfredo Nossig dice a este propósito: «El Socialismo y el Mosaísmo no son programas opuestos. Hay en las ideas básicas de ambas doctrinas una concordancia perfecta. La semilla de Moisés actúa a través de los tiempos, como doctrina y como ley, conscientemente en los judíos e inconscientemente en los socialistas.» «El movimiento socialista moderno es esencialmente judaico. Los judíos le imprimieron el sello de su criterio. Los judíos tuvimos parte preponderante en la dirección de las primeras repúblicas socialistas.» «El Socialismo de hoy forma el primer estadio de la victoria judaica.»

Hasta cierto punto, Nossig lleva razón. Es cierto que en las normas legales establecidas por Moisés, hay muchas que tienden a lo que hoy se apellida, pomposamente y como si se tratase de una invención de última hora, Justicia Social. Por ejemplo, la repartición de tierras cada medio siglo, varias leyes de hospitalidad, diversas normas de misericordía, etc. Pero no es menos cierto que hay que interpretar este aspecto de la doctrina mosaica con las normas morales en que Dios y su intérprete encuadran la Justicia Social, a saber, el Decálogo, en cuyos Mandamientos hay un «no hurtarás», un «no desearás lo que pertenece a tu prójimo», y otros *detalles* no menos interesantes. Identificar el Socialismo con la verdadera Justicia Social del Antiguo Testamento es aproximadamente lo mismo que identificar el grotesco mandil francmasónico con la circuncisión que se practicaba con vistas a la pureza exigida por la elección mesiánica de que había sido objeto Israel. Una vez más hay que aplicar el criterio expuesto en otros casos: indudablemente hay una semejanza extraordinaria entre ciertas interpretaciones talmúdicas, y sobre todo entre el Judaísmo moderno y las tesis socialistas; pero esta semejanza no se da entre la verdadera interpretación de la Biblia y la escuela socialista.

De esas concomitancias doctrinales son reflejo hechos muy importantes. Ya dijimos que los fundadores del Socialismo internacional fueron judíos y que lo han sido y lo son sus principales directores. Karl Marx, Lassalle, Kurt Eisner, Bela Kun, Trotsky, León Blum y tantos otros suscriben nuestro aserto.

La influencia judaica en el «nivelamiento social» perseguido por la primera Revolución francesa es innegable. La Tour du Pin, autor no exagerado, resume la cuestión diciendo: «En la declaración de los Dere-

chos del Hombre y del Ciudadano, que representa el hundimiento del tronco y la erección del cadalso, se hermanan la obra del judío con la del calvinista y el francmasón.» El lema de «Libertad, Igualdad, Fraternidad», que las logias han completado por el de «Salud, Fuerza y Unión» y los soviets por el de «Salud y Fuerza»—convencidos, logias y soviets, de que la Libertad y la Igualdad no deben existir sino para ellos—, es el lema clásico de la judaica Francmasonería.

En el segundo período revolucionario, a partir de 1830, el Judaísmo sostuvo, por interés y por odio, la tormenta de rebeldías europeas. Durante este período sus banqueros, sus grandes industriales, muchos de sus rabinos, casi todos sus escritores y oradores ayudaron la causa revolucionaria en Alemania, y formaron parte de los carbonarios, las logias masónicas y demás sociedades secretas en Francia, Alemania, Italia, Suiza y Austria.

Ya se ha indicado cuánto contribuyó el Judaísmo a organizar, en todos los países, los partidos socialistas. Marx dió impulso a la primera Internacional, con el manifiesto de 1847, que redactó con Engels. En la Commune actuaron de un modo sobresaliente los hombres y agentes del Judaísmo. En Alemania, Austria, Rumanía, Francia, Italia y Estados Unidos, fueron, o son, judíos y masones los directores socialistas.

Los estudiantes rusos judíos, nihilistas, hicieron propaganda en todas partes. En los atentados de tipo socialista, tan prodigados a primeros de este siglo, se cita siempre algún judío ruso. Los protagonistas de turbios *affaires*, dirigidos a desacreditar los regímenes autoritarios o democráticos, suelen ser también judíos masones. Pero, en estos últimos años, la cosa aparece con extrema claridad. Lo demostrarán los

próximos capítulos. Sirva éste únicamente de recuerdo, «intermezzo» e introducción al que estudia la formidable labor revolucionaria que ha desarrollado el Judaísmo contemporáneo.

CAPÍTULO VI

Judaísmo y Masonería

Relaciones histórico-doctrinales

Para iniciar el estudio de la influencia judaica en las revoluciones modernas, y a la vez completar el capítulo que hemos dedicado a la judaización del mundo moderno, interesa todavía un antecedente. Como no conviene atribuir un mismo efecto a dos causas distintas, sin señalar la relativa intervención de cada una de ellas, y suele atribuirse las revoluciones contemporáneas a la Francmasonería, importa dilucidar las relaciones que existan entre ésta y el Judaísmo.

El marqués de Santa Cara, especializado en estas cuestiones, resumió admirablemente las relaciones entre ambos internacionalismos. Me limitaré a citarlo: «Llegado el año 1600 ocurre, como es sabido, la intromisión en las logias inglesas de constructores de otros elementos no profesionales, que forman los *accepted-masons* y son, al cabo de poco tiempo, los dominantes en ellas, hasta el punto de ser los que reforman los ritos. Y ¿quiénes son estos primeros masones aceptados? Dos judíos: Basnel Levi e Isaac Méndez, y algo después, también hebreos, Molas Khum y Elías Ash-

male. Desde entonces pierden toda su importancia las antiguas sociedades de masones y se encuentran en Londres las logias sucedáneas... Se trata, pues, de un caso de infiltración judaica.»

Y prosigue: «Sabido es el complicado ceremonial que practican los masones, tanto en sus *tenidas* como al conferir los treinta y tres grados que forman su jerarquía. Los ritos simbólicos y las fórmulas usadas en sus *templos*, que así llaman a los locales domicilios de las Logias, son innumerables, complicados y minuciosos, pero tienen de común y constituye su nota característica el ser pura y acentuadamente hebreos; por los nombres, por las alusiones históricas que contienen, por las leyendas a que se refieren y hasta por el tono y la forma de su lenguaje.

Desde el grado de Aprendiz hasta el de Soberano Inspector de grado 33, se va revelando el espíritu judaico de la Sociedad y descubriendo, poco a poco, lo infame de su misión en el mundo. En el grado de Maestro se describe el templo de Jerusalén y se representa, en símbolos, la muerte del maestro arquitecto Hiram y la dispersión de los hebreos. Se habla de tres compañeros, Jubelas, Jubelos y Jubelum, que asesinaron a Hiram, produciendo dicha dispersión, y se dice que desde entonces andan los obreros buscando otro maestro que reedifique el Templo de Jerusalén. Los cinco grados siguientes son como una prolongación plañidera del dolor de estos obreros y la expresión persistente del deseo de ver reedificado el Templo, acabada la gran obra», a la cual dan los masones, por cierto, un sentido simbólico, interpretándola como la formación de una sociedad universal mejor y regida por la Secta.

«En el grado noveno, se pide por el recipiendario venganza y castigo para el autor de la muerte de

Hiram. El hermano que preside se llama Salomón y el aspirante representa al rey de Tiro. En esta ceremonia se inician ya las invocaciones a Lucifer. La palabra sagrada que se pronuncia es *Nekam*, esto es, venganza en hebreo.

En la investidura del grado once, el presidente del Capítulo, que continúa representando a Salomón, escoge doce hermanos y les confía el gobierno de las doce tribus de Israel. Así, con toda claridad.

El simbolismo correspondiente a la consagración del grado trece, llamado *Gran Arco*, no es menos típico. Se enseña al que lo va a recibir que el profeta Enoch escondió debajo de nueve arcos un triángulo equilátero en el que está escrito el nombre indecible junto a dos columnas donde se grabó el estado de las ciencias antes del Diluvio. La palabra sagrada en este grado es *Jehová*.

El grado dieciocho es el llamado de los caballeros de Rosa Cruz. Parece consagrado especialmente a escarnecer y profanar el suplicio de Nuestro Señor Jesucristo. El Hermano *Sabio*, en el momento de otorgar este grado, protesta de que Cristo fuera jamás Rey de los Judíos.» Su insignia consiste en una Cruz y un Pelicano, símbolo de la Eucaristía, encerrados en un triángulo masónico, y bajo una corona de cinco puntas. Los capítulos de rosacruces constan, por lo menos, de nueve posesores de este grado, y de ellos cuatro *deben* profesar y practicar hipócritamente la religión que domine en el país.

«En la recepción del grado veintiuno, se usa como palabras sagradas las de Sem, Cam y Jafet. El recipiendario del grado veintidós toma el título de *Príncipe del Líbano*, y el del veintitrés se llama *Jefe del Tabernáculo*.

En la recepción del grado treinta, el de los caba-

lleros *Kadosch*, se conmemora el suplicio del Gran Maestre de los Templarios, Jacobo de Molay. El aspirante ha de escupir y pisar un crucifijo, a la voz de *Nekam Adonai* (Venganza, Señor), y el presidente dice al finalizar el acto: *Pharasch-chai* (Todo está explicado, en hebreo).

Al conferir el grado treinta y dos, los simbolismos cesan. El Hermano que preside hace la apología de Lutero y de los principios de la Revolución francesa. Anuncia otros dos avances, decisivos, para el acabamiento de la *gran obra*. Quizá el triunfo del Socialismo, y después de la Anarquía, a favor de la cual el Poder judío-masónico se impondrá al mundo.

En las recepciones del grado treinta y tres se aclaran aún más los conceptos. Se enseña al aspirante que los tres primeros *infames* enemigos de *nuestro Maestre* son la Ley, la Propiedad y la Religión.»

Hasta aquí el marqués de Santa Cara. Aun cuando sea discutible alguna de sus afirmaciones—por ejemplo, la interpretación del grado de Maestro, que a nuestro entender no tiene que ver gran cosa con la dispersión del pueblo hebreo, o la del grado treinta, que tiene un simbolismo más profundo y práctico ya que los caballeros de Malta, enemigos de los Templarios, significan la Compañía de Jesús—prueba, sin que haya lugar a duda, el origen y ambiente judaico de los ritos masónicos.

Por eso dice, con muchísima razón, H. de Guilebert: «La continuación del mundo de la Kabala, se designa, actualmente, con el nombre de Judeo-masonería.» No puedo ampliar más esta cuestión. Si algún día, en estudios de otra índole, me decido a hacerlo, la enfocaré bajo el punto de vista de las relaciones entre el Rosicrucianismo, que es la verdadera aristocracia, la Minerva de la plebe masónica, y el Talmud, y entonces se

verá el origen de todo el ritualismo masónico y se conocerá el sentido blasfemo de sus grados.

Coincidencias personales

En cuanto a la nacionalidad judaica de los altos poderes de la Masonería, baste recordar la existencia de las llamadas traslogias integradas exclusivamente por hebreos, que tienen su Consejo Supremo en Chicago, con el nombre de Sociedad de los *Bnai Brith*. De este organismo dimanan los directores de toda la Orden. «El famoso Teodoro Hertz—dice el marqués de Santa Cara—, banquero judío americano y probablemente Exilarca o Príncipe del Destierro, fué Gran Oriente. Lo fué en Francia el funesto político Crémieux, hebreo también, y en Austria Max Nordau. Los judíos Bela Kun, Sokaloff y Arpad Boxkay fueron grados 33 en Hungría y Rusia.» En España Martínez Barrio, Companys, Barcia, Alcalá Zamora, Honorato de Castro, Fernando de los Ríos, Tébar, Araujo, el pastor Díaz, todos de sangre judía y empalmados al Judaísmo, son elementos de primera línea en la Masonería española. Se cree que los dos últimos Grandes Maestres de la Masonería Universal han sido dos judíos: Cohn y Nathan.

Si hay coincidencia en la dirección, la hay también en los miembros. Todos los habituados a recorrer listas de logias masónicas, saben la insólita frecuencia con que se tropieza en nombres hebreos, y todos los que se hayan relacionado con masones habrán descubierto pronto relaciones comerciales y políticas de éstos con el Judaísmo.

Unidos en todo, lo están no raras veces en el crimen. Un ejemplo, nada más. La guerra europea que

arruinó a Europa y en definitiva únicamente favoreció al Judaismo y en especial a sus banqueros, tuvo, para desencadenarse, un motivo ocasional. Fué éste, como se recordará, el asesinato, en Sarajevo, del archiduque Fernando, heredero del Trono de Austria-Hungría, y de su esposa la princesa Sofía. Con anterioridad un masón suizo había dicho las siguientes palabras, recogidas en la *Revue Internationale des Sociétés Sécrètes:* «Es simpático. Lástima que esté condenado, pues morirá sobre las gradas mismas del Trono.» Y en efecto, los autores materiales del crimen fueron: el masón Cabrinovitch, el cual les arrojó una bomba que no llegó a lesionarles; Ciganovitch, de la logia carbonaria *Narodska Orbrana,* la cual les acogió y les procuró armas; Grabez e Illic, que no entraron en funciones, y Gabrilo Princip, masón y judío, autor de los certeros disparos que causaron la muerte a las augustas víctimas.

Palabras terminantes

No quiero desmentir mi promesa de alegar testimonios de judíos. Isaac Wise, con su inmensa autoridad en tales materias, escribe: «La Masonería es una institución judaica, cuya historia, deberes, ritos y explicaciones son enteramente judíos, salvo un grado secundario y algunas palabras en la fórmula del juramento.» Y en 1921, el masón alemán Findel, judío, escribía: «No se trata exclusivamente de una lucha por los intereses de la Humanidad. Trátase del combate decisivo por la dominación judaica. En este batallar, el Judaísmo se revela como el amo a quien debe obedecer la Masonería. Los judíos dominan en las logias más importantes de todo Europa.»

CAPÍTULO VII

Intervención del Judaísmo en las revoluciones contemporáneas

El Judaísmo en la Revolución rusa

Por la semejanza que tuvo en su iniciación y procedimientos la Revolución rusa con la nuestra, no puedo sustraerme al deseo de copiar íntegramente lo que escribió Robert Wilton en *La agonía de Rusia:* «El pueblo más libre del mundo—así lo llamaba Kerensky, también judío—festejaba su libertad. Casi todos los marinos de la flota fueron asesinados. Pero, en medio de tanto entusiasmo, estos incidentes pasaron desapercibidos.

Todo ideal había desaparecido, arrastrado por los goces terrenos. Los campesinos quisieron situarse al mismo nivel. Casas desvalijadas, fincas destruídas, ganado mutilado, mientras los propietarios, grandes o pequeños, eran asesinados o tenían que huir. Los presos salieron de las cárceles y se dedicaron al pillaje y a toda clase de excesos. Haría falta un grueso volumen para describir los crímenes, la corrupción, el bandidaje que se entronizaron en Rusia, en la época de Kerensky o del Soviet, antes de implantarse el Comu-

nismo. Jamás país alguno habrá sufrido una plaga tal de invasores. Las propias teorías de Kerensky eran completamente responsables de la anarquía por la que se vió arrollado.»

La Historia, desgraciadamente para España en este caso, se repite. Aquella euforia de Azaña, el ególatra a quien calificaba, no sin motivo, una buena parte de la opinión española de Kerensky español, se ha convertido ya en terror, mientras aguarda el momento en que esta revolución, lo mismo que hicieron todas con sus cabecillas, lo haga desaparecer. Él fué quien vendió nuestra querida Patria al Judaísmo y a la Masonería; él es, pues, el primer responsable de tanta catástrofe.

No sólo fueron los judíos principales instigadores y forjadores de la Revolución rusa; los agentes del Judaísmo fueron también los primeros en aprovecharse de ella. Así lo reconoce paladinamente la revista de la Masonería judaica *Bnai Brith*. «Es cierto—dice—que los cambios provocados por la Revolución rusa han aprovechado especialmente a los judíos. Bajo el gobierno de los Zares, su vida exterior fué una prolongada humillación... Actualmente, bajo el punto de vista social y civil, gozan de un modo absoluto de los mismos derechos que los demás... Los judíos, y en particular su nueva generación, se sienten en su propia casa y forman parte integrante del nuevo estado de cosas. Están orgullosos de ser miembros de los Consejos, de que el compatriota—judío—Trotsky organice el ejército ruso y de que los judíos ocupen puestos preeminentes en los Ministerios, en el Ejército, en la Marina, en los Consejos de Economía y en las Academias. Al llegar a Leningrado, nuestros intérpretes y guías eran judías o judíos. La función del judío es: ser intérprete de la Rusia soviética en el mundo y del mundo en la Rusia soviética.»

En el apéndice primero de este folleto, hallará el curioso lector datos abundantes acerca de la dictadura judaica en Rusia. Todo un pueblo gime bajo el yugo del Judaismo. Suprimido el capital ruso, destrozada toda representación de los organismos en que fundó Dios la Sociedad, quebrantado el derecho natural, todo un pueblo muere de hambre espiritual y material, mientras goza una minoría indeseable y se regocijan los plutócratas judaicos en el Extranjero. Contra esta tiranía lucha hoy la España nacional. Porque lucha contra ella es Franco el máximo amigo, el salvador del pueblo español.

La ideología del Soviet es, lisa y llanamente, judaica, en el sentido tantas veces expuesto de la palabra. Así como nuestra Religión predica y practica la confianza en Dios, el Bolchevismo adora la Materia, a la que considera su Providencia y a la que reconoce el título de Causa primordial y única de todo el sistema. El Bolchevismo tiene un carácter que pudiera calificarse de económico-religioso. El reino de los cielos en la tierra es, para los bolcheviques, una República universal de soviets proletarios, y para ello obligan a los obreros a seguirles a ciegas en este nuevo Calvario.

Sus ideas absolutas, su metafísica, son bien explícitas y rotundas. Su Dios es Carlos Marx, el Kremlin substituye al Vaticano, Moscú a Roma, Lenín a San Pedro, y una mística de la producción material a la sublime mística cristiana. Por medio del absoluto relativismo revolucionario, la Sinagoga moderna ha impuesto a Rusia el más tremendo de los absolutismos.

La Revolución rusa presenta al mundo este dilema: si no reina la fraternidad cristiana, es forzoso acudir al Anticristo. Han establecido el imperio de Satanás, y Satanás tiene su fuerza y su atractivo, como lo tiene el abismo que engendra vértigo y causa la muerte. Se-

gún Theraud, se ha pretendido erigir en Rusia un monumento al padre del Judaísmo, al apóstol que vendió traidoramente a Cristo. Los «sin Dios» pululan y se multiplican por todo el país. La infancia está corrompida. Y no obstante, fué suficiente que el Bolchevismo autorizase, una buena Semana Santa, la reapertura incidental de algunos templos, para que el pueblo y especialmente los jóvenes, a pesar de la inminente represión, los llenasen en masa, y con ello proclamaran que el hombre no puede vivir sin Fe, sin Patria, sin familia y sin honor.

El Judaísmo en la Revolución húngara

La Revolución bolchevista tuvo en Hungría el mismo proceso que en Rusia, como no podía menos de ocurrir, puesto que su autor era el mismo: el Komintern, ejecutor de la III Internacional que tiene por director al judío búlgaro Dimitrof. Lo mismo que en Rusia, no le faltó a Hungría su Kerensky: el conde Karoly, traidor a su país, a su ascendencia y a su monarca, sirvió de gobierno-puente para el bolchevismo y lo hizo con una falta de pudor insuperable.

El 31 de octubre de 1918, se asesinó al conde Tisza que había dirigido durante mucho tiempo la política húngara, en presencia de su esposa y su sobrina. Pocos días después fué destronado el emperador Carlos y se proclamaba la República, con la serie de asesinatos, desórdenes y latrocinios, típicos de toda revolución comunistoide. El 20 de marzo de 1919, el judío Bela Kun, que en Rusia había sido jefe de la C. M. E. C. A., instauró el Bolchevismo.

De los ventiséis miembros de su Gobierno, dieciocho eran judíos.

Un judío, Tibor Szamnelli, encargóse de organizar el terror entre los campesinos y se sirvió, para ello, de un tren blindado que recorría el país de un extremo a otro. A lo largo de la vía, se hallaban a menudo cadáveres desnudos y mutilados. En magnífico vagón de un tren especial, el servidor del Judaísmo dictaba sus sentencias, las cuales se ejecutaban en otros vagones del mismo convoy.

La dictadura comunista en Hungría fué breve. En el mes de julio, el Ejército de Rumania derrotó las tropas bolcheviques. Huyeron los dirigentes judíos. Bela Kun marchó a Austria, de donde pudo ganar Rusia, merced al salvoconducto que le otorgó el Gobierno, por aquel entonces socialista, de Viena.

El Judaísmo en la Revolución alemana

En Alemania ocurrió lo mismo, pero no se llegó a la implantación del Soviet gracias a la contrarrevolución vigorosa de Hitler. Rosa Luxemburgo era judío, y Lieb Knecht medio judío. La revuelta comunista fué dirigida en Baviera por Kurt Eisner, quien era judío ruso y estaba rodeado de judíos rusos. Más tarde, en Hamburgo y en el Ruhr hubo también levantamientos revolucionarios. Nota curiosa: todos estos movimientos adoptan la consigna de luchar contra el Fascismo, como ha ocurrido luego en España.

La ayuda económica para la Revolución alemana es obvio de dónde procede. Joffe, representante en aquella época del Gobierno soviético, recordaba públicamente, en diciembre de 1918, al judío Haase, representante del pueblo y jefe del partido socialista independiente, la ayuda financiera de la Unión Soviética, y éste, con otro judío que servía de intermediario, declaró que

habían recibido de Moscú 10 millones de rublos par desencadenar la revolución en Alemania.

Parte decisiva en este resbalar de Alemania hacia e Soviet tuvo la Masonería liberal, dependiente de l francesa. Por ello ha estado muy en su punto Hitle clausurando todas las logias francmasónicas del Gra Oriente alemán. Con ello ha cortado el más poderoso y venenoso de los tentáculos de Israel.

CAPÍTULO VIII

El Judaísmo y la Revolución española

Proclamación de la República

S. E. el cardenal Gomá, en su profundamente emotiva pastoral *La Cuaresma de España*, escribe refiriéndose a los sufrimientos que está padeciendo nuestra Patria: «...Dolor de haber visto el territorio nacional mancillado por la presencia de una raza forastera, víctima a la vez de esta otra raza que lleva en sus entrañas el odio inmortal a Nuestro Señor Jesucristo.» Así es, en efecto. La raza judía ha invadido nuestra España para destrozarla y aniquilarla.

Pero esta invasión no se ha producido de una manera súbita, como por generación espontánea. Se ha venido preparando y logrando, desde hace muchos años, con toda clase de argucias, con todo linaje de pormenores.

León Blum—ese León de Judea, que ha tenido recientemente el cinismo de reimprimir su libro *El Matrimonio* al que debiera otorgarse un Primer Premio mundial de pornografía y que habría provocado, en cualquier país no exento de decoro político, la fulminante caída del presidente del Consejo—vino a España, con Juan Longuet, para dar los últimos toques

a la campaña desmoralizadora y antimonárquica. Por cierto, y aunque sea avanzando ideas, que el día 12 de febrero del pasado año la emisora roja U. R. de Madrid radiaba la siguiente noticia: «Según información de Bruselas, ha sido recibido, por el presidente Companys, el secretario particular de León Blum.» Siguen su curso las viejas amistades, porque Companys, y nadie más que Companys trajo con Blum la República al empujar a las urnas las enormes e inconscientes masas sindicales de Barcelona.

Poco antes de proclamarse la República, el judío Navachine, director de la Banca Moscovita de París, comió en un restaurant de la Place Gaillon con varios amigos y un redactor de *Gringoire*. Al terminar la comida, Navachine presentó sus amigos al redactor «como los forjadores de la insurrección catalana». El redactor, que ha narrado en *Gringoire* dicha escena, quedóse intrigado por las palabras del banquero y preguntó a Navachine qué significaban estos contactos. Le contestó, al principio, con evasivas, diciendo que se trataba de amigos ideológicos, mas por fin, asediado a preguntas, confesóle que les había procurado subsidios mediante diversos bancos de París. Y efectivamente, los conspiradores salieron para Barcelona, pocos días después, pertrechados de oro y de instrucciones.

Al mismo tiempo que la política internacional judaica tomaba posiciones con respecto a España, en nuestra Patria la Masonería, el Socialismo, y los Rotarios, y demás instrumentos judaicos o judaizantes, abonaban el terreno para que oportunamente recogiese Israel su cosecha y se cobrase el apoyo prestado al movimiento republicano. Ya en 1927, el secretario general de la *Gran Logia Española* dice en la Memoria aprobada por la Asamblea: «Pretendemos crear una fuerza de opinión para obtener la reforma del artículo

11 de la Constitución, proclamando la absoluta libertad de cultos, para más tarde ir a la separación de la Iglesia y el Estado. Con la libertad de cultos, etc., trabajaremos para atraer al país a muchos de los descendientes de aquellos que en días lejanos fueron víctimas de intolerancia religiosa, y que expulsados del territorio que les había visto nacer, conservan aún amorosamente el recuerdo del país de origen; dándose el caso verdaderamente extraordinario que después de haber transcurrido cuatro siglos desde que fué promulgado el desacertado Decreto de Expulsión (1492), conservan aún el habla española, conforme hemos tenido ocasión de comprobar en el reciente viaje a Belgrado, con motivo de nuestra asistencia a la Manifestación Internacional en favor de la Paz.»

Instaurada la República, la *Kipa*, órgano oficial judaico, se mostró en seguida muy optimista. En su nota del 16 de mayo de 1931, dice: «Hay en el nuevo Gabinete español, según el corresponsal en Toledo del *Hamburger Familienblatt*, tres miembros de origen *chueta:* el primer ministro, Alcalá Zamora; el ministro de Gobernación, don Miguel Maura; y el de Justicia, de los Ríos. Sabemos de Maura, gracias a Blasco Ibáñez, que es *chueta*; consta asimismo que la familia de los Ríos tiene orígenes netamente judíos, y Zamora desciende maternal y paternalmente de ramas hebreas.»

Algo antes, la Comunidad israelita de Bayona, tan relacionada con las logias que han ejercido en aquella ciudad funciones de espionaje durante la guerra actual y que fueron nidos de conspiración cuando se planeaba la República, había cursado la siguiente felicitación: «La Comunidad Israelita de Bayona, descendiente de los antiguos judíos españoles, saluda a la nueva República, felicita al Gobierno por haber instaurado la

libertad de cultos y le desea larga vida y prosperidades.» En el mismo tono se expresa el periódico *L'Univers Israelite.*

El Gabinete se desvivió para justificar los plácemes judíos. Don Niceto Alcalá Zamora recibió, primero, al doctor Kibrik y al gran rabino safetay, de Buenos Aires, doctor J. Jaén, y les prometió que el Gobierno legislaría en favor de los judíos. Poco después, concedió audiencia a Pablo Goodman, secretario general de la Comunidad sefardita de Londres, y le manifestó, en larga y cordial conversación, «el gozo que le proporcionaba la simpatía de los judíos sefarditas». Los discursos del presidente, tan vagos en lo que se refería al Catolicismo, ratificaron, en cambio, su posición judaizante. El que pronunció en la Universidad cuando le nombraron servilmente doctor Honoris Causa, aludía encomiásticamente a la influencia semítica en la cultura tradicional de España; y en vísperas de dimitir elogiaba, en pleno Parlamento, «aquel pueblo judío cuyo recuerdo evocó, ante el aplauso conmovido de la Cámara, don Fernando de los Ríos»; narraba cómo él y su familia se retrataron en la isla de Rodas «con un judío humilde que pidió respetuoso ser incluído en la fotografía para volver en efigie a España», y concluía pregonando que acompañaba «a mi ilustre amigo de los Ríos en la admiración emotiva por esos hombres, que han sido mis amigos y a quienes he recibido y tratado con cordialidad insólita en las costumbres españolas.»

Don Fernando de los Ríos visitó la sinagoga de Tetuán y dijo a sus fieles: «Israelitas: la persona que os dirige la palabra siente entre ustedes la misma satisfacción del que estuviera en su propia casa.» Lerroux declaró al corresponsal de la Agencia Telegráfica Judía que el Gobierno estaba sinceramente decidido a faci-

litar la inmigración de los sefarditas. Indalecio Prieto, no queriendo ceder la palma a sus compañeros de Ministerio en asunto de tanta importancia financiera, llevó su amabilidad hasta el extremo de escribir una carta al doctor Bauer, la cual da forma viable a lo prometido confidencialmente.

Bajo auspicios tan benévolos, los judíos se apresuraron a restablecer su vida social. El 8 de mayo de 1931 se abría en Madrid la primera sinagoga, y pocos días más tarde el Ayuntamiento de la Villa y Corte, partidario acérrimo de la secularización de los camposantos católicos, cedió a los judíos un terreno para que instalasen en él un cementerio exclusivamente hebreo.

No quiero yo, con la mención de estos datos, extraídos en su mayoría de la obra del P. Tusquets *Orígenes de la Revolución española*, sostener la tesis de que los judíos no puedan tener en España culto y cementerios. Mi intento, como el del mismo P. Tusquets, es sólo mostrar la sospechosa adulación con que trató al Judaísmo la recién nacida República. Desde luego, que ni por pienso se le ocurrió a ninguno de los ministros aclarar que el tan traído y llevado decreto de los Reyes Católicos había sido derogado, muchos años antes de surgir la segunda República, por un ministro monárquico, el marqués de la Vega de Armijo.

La invasión judaica durante la República. Sus negocios

Antes de la República, los negocios judaicos habían ya sentado sus reales en España. Basta recorrer una

lista cualquiera de teléfonos para notar el aumento de firmas judías durante la Dictadura. Hubo ya empresas periodísticas y literarias, como C. I. A. P., completamente judías. Se infiltró el capital judaico en muchas Bancas. El Rotarismo inició su clásica tarea de judaizar los negocios y las actividades, para lo cual le fué muy útil la mentalidad española, que sólo acepta lo dogmático y lo evidente con evidencia subjetiva. De modo, que no basta decirle a un español: «Hay argumentos sólidos que demuestran el origen y el carácter masónicos y judaizantes del Rotarismo.» El español necesita que le demuestren, con documentación adecuada, que casi todos los rotarios son masones o judíos, y como esto no se puede probar, porque no es cierto, el español responde: «Ustedes han calumniado la Institución rotaria. Yo he convivido con los rotarios y le aseguro que no llevan segundas intenciones.» Y se acabó. Díjolo Blas y punto redondo. La evidencia subjetiva.

Pero, al llegar la República, cayó sobre España una nube de judíos, no sólo por la atracción que ejerció sobre los sefarditas el tono adulador usado por los gobernantes, sino por el hecho fortuito de haberles expulsado Hitler de Alemania.

Madrid, Barcelona, Sevilla, y en general las capitales más cosmopolitas, les acogieron con efusión y se vieron inundadas por la raza israelita que llegaba individualmente o agrupada en empresas, las cuales vivían sobre el país, arruinaban, con su desleal competencia, el pequeño comercio, y desmoralizaban con su desenfrenada sed de hacer dinero toda la Nación. Mientras el día de Navidad de 1932 ardían en Barcelona los almacenes de *El Siglo*, creados a principios del siglo actual para sanear el comercio barcelonés invadido ya entonces por una serie de pequeños traficantes judíos,

y se hundía la *Compañía Trasatlántica* cuyos directores sintieron siempre hondamente la Causa nacional, y eran combatidas por todos los medios las revistas de tono español, brotaron, como de la nada, unos Almacenes S. E. P. U. que lo daban todo a mitad de precio para cobrarse luego espléndidamente con la ruina de los competidores, surgieron empresas cinematográficas de indeseable sentido moral, y las grandes publicaciones gráficas fueron presa fácil del capitalismo judaico. Al socaire de estas organizaciones se albergaron toda clase de enlaces y agentes provocadores, que, bajo la simulación del negocio, evitaban sospechas. Casi toda la propaganda pornográfica y comunista estaba mantenida por capitales judíos.

Uno de los más pingües negocios llevados a feliz término por el Judaísmo durante este período, radicó en adquirir a bajo precio gran número de fincas rústicas, sobre todo en el Sur de España, amenazadas de expoliación por las leyes agrarias. Así se conjugaban la política republicana y los intereses judaicos. Otro negocio formidable debía ser el de los seguros contra el motín, por ejemplo, concertados con propietarios de fincas urbanas, templos o fábricas. Se embolsaron primas formidables. El juego era matemático. Si no había lugar a pagar la indemnización, se cobrarían las primas indefinidamente; y si llegaba la guerra civil y se implantaba el Comunismo, como los judíos imaginaron y procuraron por todos los medios, tampoco se tendría que pagar la indemnización, por tratarse de «fuerza mayor». En resumen: otra vez el Judaísmo, valiéndose del engaño, afirmaba su situación en España y se apoderaba de grandes cantidades del oro español, suprema aspiración concretamente propugnada por lo que podríamos llamar Código Judaico o *Protocolos de los Sabios de Sión.*

La Francmasonería tuvo gran parte en esta invasión judaica. Durante los primeros días de junio de 1933 se celebró en Barcelona la Gran Asamblea Ordinaria de la Gran Logia Española, en cuya quinta sesión se aprobó el siguiente dictamen: «La *Logia Francisco Esteva* pide se abran las puertas de España a los judíos. Dice el Dictamen, que se aprueba, que nada se opone a ello legalmente, y lo único que cabe hacer es gestionar ventajas para su vuelta o nacionalización.» De modo que los religiosos deben ser, para la Francmasonería, una especie de parias, y los judíos, en cambio, ciudadanos de primera clase. Se multiplicaron las sinagogas. En Barcelona se inauguraron dos. Tres en Madrid. Por cierto que hace poco se publicó una fotografía, por demás elocuente, en la que aparecía, al lado de una iglesia católica destruída, una sinagoga intacta.

La invasión de elementos indeseables judíos en Barcelona era amparada, además, por las autoridades, como lo prueba el hecho de que al serle negado el carnet de extranjero a un judío fichado de peligroso según los informes de la policía, se presentó poco tiempo después con una orden de Companys, presidente ya de la Generalidad, y ante dicha presión no hubo más remedio que legalizar la situación.

El Sovietismo judaico toma posiciones

Con la ayuda del Komintern y de la Banca judía, el Comunismo había empezado a organizarse. Desde 14 de abril de 1931, quiso, como era de esperar, darse a conocer y empezó a actuar en tonos violentos, de acuerdo con sus principios y propósitos de siempre.

El Komintern contribuyó mucho a traer la Repú-

blica. Aun cuando Bullejos hizo un viaje a Rusia, para recabar la libertad de acción de los comunistas españoles, y por más que esta posición mereció el *placet* de la Internacional, no era un secreto para nadie que existían contactos entre el Komintern, los comunistas españoles y el Comité Republicano. Este contacto era más íntimo con los hombres del futuro partido radical-socialista. No se olvide que este partido se instaló, por singular coincidencia, en la mismísima sede del Gran Oriente Español, en la casa matriz de la Masonería, calle del Príncipe, número 12, de Madrid. Así meció el Judaísmo la cuna de la República naciente.

La célula comunista dirigida por Luis Mangada, Juan Antonio Areste, y de la Hera, fué la que, con Cilleros, colocó la bandera tricolor en el Palacio de Comunicaciones, ante el desconcierto de los mismos republicanos que se preguntaban qué necesidad había de cambiar una enseña secular. Pocos días más tarde hizo su aparición en Madrid la bandera roja, con la hoz y el martillo, llevada por los comunistas. Sus células, respondiendo a consignas, iniciaron los incendios de iglesias el día 11 de mayo, comenzando por el edificio de los Padres de la Compañía de Jesús, en la Gran Vía.

La campaña electoral para las Constituyentes, con sus fantásticos amaños, se llevó a cabo gracias a la intervención extranjera, y fué el hombre puente André Marty, jefe del Partido Comunista Francés. El programa que se predicó a las masas en aquellas fechas es exactamente el que se ha implantado a partir del 18 de julio de 1936. Recuerdo, perfectamente, los carteles que detonaban en las esquinas grises de Bilbao y en los calizos chaflanes de Barcelona: decían lo mismo que dicen hoy los carteles de Madrid y de toda la zona roja. Y a la vez, la radio voceaba los discursos ampu-

losamente cretinos de Alcalá Zamora y demás republicanos conservadores. Era irritante.

Al discutirse en las Cortes el Estatuto, el Secretariado Político del Komintern tomó el siguiente acuerdo: «Si bien el Partido Comunista tiene que ponerse resueltamente en contra del Estatuto, porque está elaborado por la Generalidad de Cataluña, la cual es genuina representante de la burguesía, tiene también que manifestarse en contra de la campaña reaccionaria en ataque del mismo, porque ella representa la teoría del sometimiento del pueblo catalán al Poder central. El Partido Comunista declara: que lucha y luchará resueltamente contra el imperialismo español, encarnado en el Gobierno central, y por la total liberación, incluso hasta la separación completa del Estado español y constitución en Estado independiente, de las masas laboriosas de Cataluña, Vasconia, Galicia y Marruecos.» La *aspiración* ruso-judaica se ha convertido en triste realidad durante la guerra actual.

A medida que se desarrollaba la República, crecía también el Comunismo y se acentuaba su absoluta dependencia de Moscú. Este control se ejercía no sólo mediante delegados del Soviet en España, sino merced a continuos viajes de los directores del Comunismo español a Rusia, ora para dirimir cuestiones políticas o rencillas que se presentaban en el seno del partido, ora con motivo de los Congresos celebrados en Rusia. Una representación muy nutrida, integrada por elementos de todas las ramas obreristas españolas, asistía a los Aniversarios de la Revolución rusa. Cuando fueron desterrados los responsables de los sucesos de octubre de 1934, se refugiaron en Rusia para doctorarse en el arte revolucionario. Salieron discípulos aprovechados. Han sobrepujado en salvajismo y crueldad a sus mismos maestros.

Moscú impúso la reorganización del Socorro Rojo Internacional, y su actuación fué dirigida en adelante por un instructor del mismo Moscú. La tiranía soviética llegó a su extremo en lo que concierne a publicaciones. El Komintern ordenó se crease la editorial «Europa-América» que se estableció en Barcelona, en el paseo de Colón, número 4, a todo lujo, ante la Casa de Correos. El Komintern envió 200.000 pesetas para el negocio. Existe en Francia, con el mismo origen e idéntico objetivo, el «Bureau des Editions».

Para la edición española de *Correspondencia Internacional*, la Internacional envió a España dos delegados técnicos en la materia y 50.000 pesetas para los primeros gastos, y se obligó a mandar una subvención mensual. Instalóse en Avenida Pi y Margall, número 18. Traducian los originales que de Rusia les remitian. Todos los artículos originales debían enviarse previamente al Komintern para su aprobación.

En enero de 1932, el Gobierno suspendió la publicación de *Mundo Obrero*, y se decidió adquirir una imprenta para editar, sin trabas de ninguna clase, cuanta propaganda demoledora creyese Rusia conveniente. Por medio de Angel Pumarega se consiguió de Rusia el envío de 80.000 pesetas, que proporcionó la Internacional; y cerca de 50.000 se recaudaron en España, y con ello se compró la imprenta de Andrés Mellado y la rotativa de *El Socialista*. Utilizando estos elementos, se publicó *Frente Rojo*, que era el mismo *Mundo Obrero*, que el Gobierno acababa de prohibir. Apareció como propietario de la imprenta Giménez Siles, testaferro para eludir responsabilidades, compensándole con el derecho de montar en el mismo local la maquinaria de la editorial *Cenit* pagando solamente la mitad del alquiler.

Establecida ya la prensa soviética en España,

Moscú implantó y dilató, como tentáculos, sus organizaciones. He hablado ya del *Socorro Rojo*. En diciembre de 1932, se creó con carácter nacional la *Liga Atea Revolucionaria*, hijuela de la Tercera Internacional, sin otro objeto que propagar despiadadamente el Ateísmo, para lo que Rusia suministró, además de un técnico, 25.000 pesetas. Si mal no recuerdo, a últimos de abril o mayo de 1933, quedó constituída en Madrid la *Asociación de Amigos de la Unión Soviética*, amasijo de intelectuales *snobs* y de los declaradamente afectos al Sovietismo. Figuraban indistintamente en sus listas judíos, masones, como Benavente, afiliados a la *Institución Libre de Enseñanza*, comunistas, etc.... Maneja esta rama de la Internacional comunista el Comisariado de Relaciones Extranjeras de Moscú, sito en Amsterdam, corazón de la Banca judaica, y apellidado *V. O. K. S.*, o sea, Sociedad de Relaciones Culturales con el Extranjero. Publicó ella, en nuestra patria, la revista *La Rusia de Hoy*, en la que, so pretexto de dar a conocer los pseudo progresos económicos, industriales y agrícolas de Rusia, hacíase propaganda al servicio de la Tercera Internacional, sin imaginar muchos de sus componentes que más tarde serían víctimas de los principios que con su snobismo vanidoso iban divulgando. He aquí la lista de algunos de sus miembros españoles: Luis Lacasa, arquitecto; R. Díaz Sarasola, médico; José María Dorronsoro, ingeniero; Diego Hidalgo, notario; A. Novoa Santos, médico; Gregorio Marañón, médico; Eduardo Ortega Gasset, abogado; Pío Baroja, escritor; Eduardo Barriobero, abogado; Luis Jiménez de Asúa, catedrático; Victoria Kent, abogado; Ramón J. Sender, periodista; F. Sánchez Román, catedrático; Jacinto Benavente, escritor; Victorio Macho, escultor; Juan Madinaveitia, médico; José Maluquer,

ingeniero; Ramón del Valle-Inclán, escritor; M. Rodríguez Suárez, arquitecto; J. Negrín, catedrático; Augusto Barcia, abogado; M. Sánchez Roca, periodista; Luis de Tapia, escritor; Roberto Castrovido, periodista; Teófilo Hernández, catedrático; José María López Mezquita, pintor; Marcelino Pascua, médico; Angel Garma, médico; Eduardo Ugarte, escritor; Santiago E. de la Mora, arquitecto; Pedro de Répide, escritor; Manuel Machado, escritor; Blanco Soler, arquitecto; R. Sáinz de la Maza, músico; J. G. Mercadal, arquitecto; Concha Espina, escritora; R. Aníbal Alvarez, arquitecto; Carmen Monné de Baroja; Fernando Cárdenas, ingeniero; Luis Bagaría, dibujante; J. Díaz Fernández, escritor; J. Vahamonde, arquitecto; Luis Calandre, médico; José Antonio Balbontín, abogado; María Martínez Sierra, publicista; Ricardo Baroja, pintor; Adolfo Vázquez Humasqué, ingeniero; Juan Cristóbal, escritor; Pilar Coello; Fernando de Castro, médico; Federico García Lorca, escritor; Carlos Montilla, ingeniero; Cristóbal de Castro, publicista; S. Zuazo, arquitecto; Enrique Balenchena, ingeniero; María Rodríguez, viuda de Galán; Juan de la Encina, crítico de arte; T. Pérez Rubio, pintor; Javier Zorrilla, ingeniero; Carolina Carabias, viuda de García Hernández; José Capuz, escritor; Julián Zugazagoitia, periodista; Luis Salinas, abogado; J. Gordón Ordax, veterinario; Clara Campoamor, abogado; R. Salazar Alonso, abogado; L. Vázquez López, médico; Luis Bello, periodista; Wenceslao Roces, catedrático; Cristóbal Ruiz, pintor; Víctor Masriera, profesor; Joaquín Arderíus, escritor; Rodolfo Llopis, profesor; N. Piñole, pintor; R. Giménez-Siles, editor; Agustín Viñuales, catedrático; Rodrigo Soriano, diputado; Victoria Zárate, profesora; Ezequiel Endériz, periodista; Isidoro Acevedo, escritor; Salvador Sediles, diputado;

Francisco Galán, periodista; Amaro Rosal, empleado de Banca; Carmen Dorronsoro; Francisco Mateos, periodista; Rosario del Olmo, periodista; Julián Castedo, pintor; María Angela del Olmo, actriz, y Antonio Buendía, abogado. Cuando en un país logra un poder oculto y extranjero mezclar gente de tal diversidad, la Revolución se acerca a pasos de gigante.

Entre las organizaciones rusas tiene importancia capital la del espionaje. Stefanof, uno de sus principales dirigentes, estuvo en Madrid con «una misión especial». Una misión de espionaje, y además, la preparación—instrucciones y armamento—de la revolución de octubre de 1934. Por aquellas mismas fechas, la sección española del *Socorro Rojo Internacional* recibió de Rusia, según confesó el periódico *Pravda*, nada menos que 350.000 rublos oro. Rusia pagó la revolución de octubre y socorrió a los encausados. Del acentuadísimo cariz judaico que tuvo aquella tragedia —hoy casi olvidada ante la grandeza de la que estamos viviendo—no hace falta hablar, porque todos lo recordamos: sacerdotes descuartizados, imágenes profanadas, separatismo, toda la gama soviético-judaica en una palabra.

Así se introdujo en la República española el Judaísmo soviético, que ya jugueteaba cruelmente con ella, como el tigre con la presa inerme.

Antes de la inauguración del primer Congreso Judío Mundial que, como dije, se reunió en Ginebra en 1935, en el propio local de la Sociedad de las Naciones, Salvador Madariaga, ministro de la República española, dirigió al Comité del Congreso una expresiva carta. Resulta ella el más adecuado colofón. Dice así: «La Península Ibérica, patria de Maimónides y de Ibn Gabirol, tierra que dió a Espinosa, es para la raza hebraica una segunda Patria. En la Península Ibérica dió

la nación judaica su segundo destello de esplendor, casi tan grande como el bíblico. Por eso, a un español no le hace falta argumentos sobre el poder creador de la Nación judía. Como español, deseo, pues, el mayor éxito al Congreso Judío Mundial.—*Salvador Madariaga.*—Ginebra, enero 1935.»

El Judaísmo y la guerra civil

La guerra civil tuvo una introducción y un prólogo. La introducción: crear el *Frente Popular*. El prólogo: las elecciones del 16 de febrero. Introducción y Prólogo fueron escritos con áurea tinta judaica. En una reunión celebrada en Moscú, el 20 de agosto de 1935, tomáronse acuerdos sobre las futuras alianzas electorales en Francia y en España y se votó cinco millones de francos para Francia y dos millones para España. Todas las consignas las dieron judíos y masones. Bien se ve por los resultados. Y además, judíos y masones son, como se consigna en los apéndices de esta obrita, los delegados de Moscú y los dirigentes de los partidos soviéticos o sovietizantes de Francia.

Triunfó el Frente Popular, por medios ilegales. Y el Soviet vió llegado el momento de desencadenar la Revolución en nuestra Patria. Mr. Churchill declaró, en discurso pronunciado el 5 de noviembre de 1936, que el Komintern decidió, el 27 de febrero, la Revolución comunista en España y la financió con extraordinarias cantidades.

El famoso judío Bela Kun, acreditado por la revolución de Hungría, fué enviado a España por el Komintern, con las siguientes instrucciones: 1.ª Provocar ya la dimisión de Alcalá Zamora; 2.ª Procurar la formación de un Gobierno dictatorial, compuesto de

delegados obreros y campesinos; 3.ª Proceder a la confiscación de los bienes de los grandes propietarios españoles, nacionalizar bancos, ferrocarriles y las grandes industrias; 4.ª Suprimir inmediatamente los partidos burgueses; 5.ª Instaurar el régimen del terror; 6.ª Organizar la formación de milicias obreras; 7.ª Destruir los conventos e iglesias; 8.ª Suprimir la prensa burguesa; 9.ª Formar un Ejército español rojo, y 10.ª Provocar la guerra con Portugal. Cuando nuestros confidentes nos trajeron el documento, y lo mostramos a los amigos, algunos todavía lo tomaban a guasa. Casi todos, empero, habían perdido ya las ganas de chancearse.

Después del 5 de abril, llegaron de Rusia 79 agitadores especialistas que se lanzaron a una campaña demagógica en las capitales de provincia y cabezas de partido. Con la excusa de las Jornadas Antifascistas y de los Juegos Olímpicos de Barcelona, ya en vísperas de la guerra civil, se filtraron en España muchísimos elementos indeseables, bregados en lides revolucionarias, que echaron el resto el día 18 de julio.

Durante la guerra civil, el Judaísmo ha sostenido a los rojos. El *Jewish Chronicle* ha dado cuenta del discurso pronunciado por el judío Mr. Jacobs, durante una gran reunión de judíos ingleses. He aquí las frases con que el orador terminó su alocución: «España es vuestro campo de batalla. Franco amenaza volver España al 1493, es decir, a la época de las persecuciones contra los judíos. Si los fascistas internacionales vencen en España, nadie duda que persiguen la implantación integral de su programa. No digáis que los asuntos de España no os interesan: la lucha de España es vuestra lucha, la lucha de los judíos.» Toda la Masonería ha adoptado posición semejante; no insisto en ello, porque en esta misma colección hay folletos de-

dicados al estudio de este aspecto, en cuyas sucesivas ediciones hallarán acogida los ímprobos esfuerzos realizados por el Masonismo judaico para salvar a los rojos del desastre o para aminorarlo, y para mezclarse en las filas nacionales. Las Asociaciones judaizantes, como el *P. E. N.*, han secundado la tarea.

He aquí algunas de las proposiciones votadas en el XV Congreso Internacional de la Federación P. E. N., reunido en París el 24 de junio de 1937: «*El XV Congreso del P. E. N.*, hondamente emocionado por la muerte del gran poeta Federico García Lorca, fusilado en Granada», uno de los firmantes del manifiesto de los Amigos de la Unión Soviética, «hace constar que el poeta estaba apartado de toda lucha política y que su obra, toda de inspiración popular, se mantiene siempre en la línea tradicional de la España eterna, la España del Romancero, de Cervantes, de Lope de Vega. Rinde homenaje a la memoria del poeta. Y encarga a su Comité ejecutivo manifieste a toda España su emoción y su protesta por ese crimen contra el Espíritu.» «El Congreso desea ardientemente que se devuelva pronto la paz civil a España, y que se implante un régimen donde toda violencia sea desterrada y reconocidos y salvaguardados la libertad de expresión y los derechos de pensamiento.» «El Congreso protesta enérgicamente contra las dificultades creadas en varios países de Europa a la cultura de las minorías nacionales y particularmente protesta contra las persecuciones de que son víctimas las masas populares y las personalidades intelectuales judías, en aquellos países donde ya rigen leyes especiales o están a punto de promulgarse.» La prensa judaico-masónica, haciendo coro al Sanedrín y a la plutocracia judaica, no cesa de injuriar el Movimiento nacional; sus lamentaciones y calumnias, su consigna de encender la guerra mundial antes que

consentir la derrota del agonizante Gobierno de Valencia, sus aplausos a los voluntarios extranjeros que se suman a los rojos españoles, sus campañas contra lo países que generosamente ayudan a salvar la Civilización cristiana, llenan el orbe. Afortunadamente, el heroísmo y acierto de nuestro Ejército y el ardiente patriotismo de nuestra retaguardia se imponen a la atención del mundo y contrarrestan ya, con suma eficacia, la propaganda judío-masónica.

La ayuda judaica a Valencia no es puramente literaria. El secretario de la *Confederación General de Trabajadores Franceses*, órgano sindical del Frente Popular, M. Jouhaux, es con André Malvaux el principal enlace entre los marxistas franceses y españoles. Giral, cuando fué presidente del Gobierno, agradeció a Kolzow-Ginsburg «la brillante iniciativa de las organizaciones francesas y de las personas que ayudan tan eficazmente en su lucha al Gobierno español.» Y citó, especialmente, a los antedichos Jouhaux y Malvaux y al judío J. B. Bloch. Terminaba reiterando su gratitud al pueblo hermano.

La suscripción entre los empleados del Estado de la Unión Soviética, proporciona, según *Le Figaro*, más de 75.000.000 de francos mensuales, amén del envío de víveres, personal, batallones internacionales, aviones, tanques y municiones, llegados por mar, o por frontera terrestre, y cuyo embarque es presenciado en Rusia por el populacho y fotografiado en los periódicos que subvenciona el Soviet.

Importante ha sido, asimismo, el auxilio de los judíos norteamericanos. Han suministrado oro y especies y organizado mitines, suscripciones, etc. El jefe de la *Confederación General del Trabajo Norteamericana* Mr. Jo Lewis, y el rabino Esteban Wise, organizaron el 16 de marzo de 1937, en Nueva York, un mitin mons-

truo antifascista, al que remitieron su adhesión con férvida simpatía las siguientes personalidades: Henry Bérenger, masón, embajador de Francia; Juan Longuet, medio judío, íntimo de Blum, según recordará el lector; Víctor Bosch, judío, jefe de la *Unión Popular* y presidente de la *Liga de los Derechos del Hombre*; Paul Langevin, conferenciante de las Logias francesas y vicepresidente de la Liga, miembro del Instituto; Jacques Adamard, judío, también del Instituto; León Jouhaux, conferenciante en las Logias, secretario de la *C. N. T.*, y André Spire, judío, de la *Federación de Sociedades Judías de Francia*.

Nuestro informe pudiera extenderse fácilmente a más países, a más pormenores. Creo suficientes los datos absolutamente ciertos y fundamentales que he alegado. Además, en la conciencia de todos está que hoy luchan en España Cristo y el Sanedrín.

Escandalosos negocios judaicos durante la guerra civil

La guerra civil española debía constituir, y ha constituído, un negocio formidable para el Judaísmo. El cónsul de Valencia en Bayonne lo declaró no ha mucho: «Todas las confesiones religiosas nos auxilian, salvo el Catolicismo, y está a nuestro lado la Banca Universal, dirigida en su mayor parte por judíos.» El cónsul ha exagerado. Ni la Banca universal está así, en bloque, a su lado, ni toda la Banca judía es adversaria nuestra. Mucho ha contribuído a ello el éxito alcanzado por el Generalísimo en la vida industrial de las minas de la Península y del Norte de África y de otras importantes piezas de la economía hispano-internacional. Pero no

se puede negar que el Judaismo ha hecho su agosto con los rojos, y a través de ellos con la riqueza española, valiéndose, hay que decirlo en su descargo, del nulo pudor nacional del pseudo Gobierno de Valencia.

Uno de los más deplorables capítulos es el de la recluta de voluntarios. El 80 por ciento de ellos proceden de la cárcel. Los agentes judaicos tienen la lista de los «licenciados» de todos los países. Así que salen de presidio, los «contratan». El agente, según lo enterado que está el individuo, se queda con una parte mayor o menor de lo que le ha entregado el Gobierno de Valencia. Al cabo de unas semanas, o meses, los voluntarios regresan, cargados de mercancías robadas, de joyas, etc., que son adquiridas por los agentes judaicos a precios irrisorios.

Los evadidos y refugiados son víctimas también de inmoral explotación. En el Boulevard de la Madeleine, de París, frente al Café Restaurant Viel, hay una oficina cuyo rótulo dice: «Españoles: compramos toda clase de joyas y pagamos más que nadie.» Todos sus empleados son judíos. Enseñan, al desgraciado que entra, fajos de billetes que llevan en sus manos los empleados, y excitado ya su codicia o su hambre, le dan una nonada por las joyas que pudo salvar de los rojos.

Es probable que algunas autoridades rojas españolas anden metidas en el negocio. El periódico polaco *Haint* publicó el 30 de mayo de 1937 unas declaraciones del señor Companys: «Las puertas de mi país—dice—están abiertas para todos los judíos, como lo están las de mi corazón... Sé y estoy firmemente convencido que los numerosos judíos que llegaron a España, y muy principalmente a Cataluña en el transcurso de los primeros años, se prestaron desde el primer momento a la defensa de la nueva patria.» A lo que desde luego se prestaron fué a establecer negocios, como el

que pretendía realizar el *affaire* Block, en los que anduvo mezclado el actual presidente de la Cataluña autónoma, con irreparable quebranto de su pretendida «honorabilidad». En definitiva, Companys y Negrín prolongan la lucha porque en su duración ven el medio de labrarse, de acuerdo con los desenfadados agentes del Judaísmo internacional, una fortuna fabulosa. Cuando lo hayan conseguido, alzarán el vuelo, y vivirán con otras aves de rapiña contemplando el brillo del oro robado y llevando en sus ojos la tragedia de tanta sangre vertida.

CONCLUSIONES

Las conclusiones—o consecuencias—que naturalmente se deducen de lo expuesto son, en primer lugar, de índole moral y religiosa. Debemos llevar una vida total y auténticamente cristiana. Hay que derogar las leyes laicas que dictó la República, y en especial las relativas a la Educación y al Matrimonio, y remediar sus estragos con leyes inspiradas en el espíritu tradicional de la católica España. Esta será la fuerza más pura y más eficaz para derrotar el Judaísmo. Si el Judaísmo se propone destruir la Religión de Cristo, los católicos debemos seguir las inspiraciones de la verdadera Iglesia y agruparnos en torno de Ella para defenderla. La austeridad, la caballerosa hidalguía, la honradez, la caridad, el buen ejemplo, que distinguieron al católico español, es menester que vuelvan a constituir las normas, tan olvidadas en los postreros tiempos, de nuestra vida individual, familiar y colectiva.

Derívanse también de lo expuesto normas patrióticas. ¿Quiere el Judaísmo dividirnos y mutilarnos? La unión entre los españoles y la obediencia absoluta a la autoridad del Generalísimo, que la Providencia ha concedido a España para su purificación y para que imprima el sello reciamente patriótico al nuevo Imperio, contribuirán a la formación de un Estado fuerte,

arma la más temida por el Judaísmo. Es obvio que debemos desechar todo lo que en España sea exótico y contrario a su esencia. En principio, puede afirmarse que todo lo calificado como «internacional», «fraternal», «filantrópico», «humanitario», «universalista», ha de ponernos en guardia. La Masonería con sus derivados son muñecos que agita el Judaísmo.

Los órganos vitales de España deben quedar en firmes y pulcras manos españolas. Tienen que ser racialmente españoles el Cine y el Teatro, sin que ello excluya el recurso a la colaboración extranjera, y aún judía, pero en proporción no alarmante y bien controlada. La Prensa, de importancia insuperable como elemento de formación y divulgación, debe estar capitalizada y dirigida predominantemente por españoles «cien por cien», según frase corriente. Y para lograrlo con plenitud, no hay que olvidar la nacionalización progresiva de las empresas de publicidad y propaganda, las cuales, en manos del Judaísmo, sólo a sus intereses sirven y obedecen.

En una palabra: importa elaborar, de un modo constante y definitivo, el cuerpo sano y la sana ideología del Nuevo Estado, conforme a sus principios y a nuestra tradición, y crear simultáneamente los elementos para que dicha ideología se divulgue, se desarrolle y se convierta pronto en realidad. Nacionalismo en el concepto amplio de la palabra, es decir, en todos los órdenes de la vida.

Podemos y debemos preferir lo español a lo extranjero. Lo extranjero hay que conocerlo, pero no adorarlo como un fetiche. Cuidemos que no se nos pongan, en medio del camino triunfal, ni los mediojudíos, ni los masonizantes, que por antiespañoles podrían ser un peligro y un estorbo a la obra. Sólo así

España podrá ser fuerte y libre. España se siente generosa y acogedora. Pero no olvidemos jamás, llevados de excesiva generosidad, que España debe ser, en definitiva y sobre todo, para los españoles.

APÉNDICES

I

Datos acerca de la Dictadura judaica en Rusia, Francia y Bélgica

Rusia

Stalin no es judío. Lo es su padre político, *Lazarus Mosessohn Kaganovitsch*, representante del dictador, a quien en ausencia de éste se rinden honores presidenciales.

La Administración General de Seguridad está totalmente judaizada. He aquí los nombres de sus dirigentes: Sección especial, el judío M. J. Gay; Sección económica, el judío L. G. Minorow; Sección exterior, el judío A. Slutzkij; Sección Transportes, el judío Abraham Mossessohn Schanin; Sección antirreligiosa, el judío José Leosohn Joffe, redactor jefe de la revista *El Ateo*; Sección de Administración general de la Milicia, el judío Leo Nahumssohn Bjelskiy; y director general de todo el servicio, el judío B. J. Mogilskij.

El Comisariado interno, o sea, la Administración de campos de concentración y lugares de destierro, se

halla dirigida por el judío Jakob M. Baehrmann, cuyos subjefes son, en su casi totalidad, judíos.

El Comisariado para el Comercio interno está dirigido por el judío Israel Jakobsohn Weizer, comisario del Pueblo, y el 99 por ciento de sus subjefes son judíos.

La industria bélica está dirigida por el judío Michael Mosessohn y el porcentaje de subjefes judíos alcanza un 95 por ciento.

El Comisariato de la Alimentación está integrado por un 96 por ciento de jefes judíos.

Para la política exterior rusa, se nombró un Comité, cuya lista apareció en la gaceta oficial *Iswestija*, el 8 de mayo de 1936, y 34 miembros de la misma son israelitas.

Hasta hace poco, el máximo diplomático soviético era Litwinow, cuyo verdadero nombre, judío, es Wallach Finkelstein.

Francia

Francia se halla dominada actualmente por el *Frente Popular*. Entre los 91 miembros de que se compone su equipo ministerial, 40 son judíos y 51 francmasones, o sea el cien por cien.

He aquí algunos de los más sobresalientes en el momento de escribir este apéndice: Presidencia, el judío y masón León Blum; ministro de Estado, el masón Camilo Chautemps, que tiene por jefe de Gabinete al judío J. Schuler; ministro de la Guerra, el masonizante Eduardo Daladier, conferenciante en Logia y miembro de la Liga judío-masónica de los Derechos del Hombre; ministro de Justicia, el masón Marcos Rucart, que tiene en su Gabinete los judíos

Weill y Pedro Rodrígues; ministro del Interior, el masón Max Dormoy, que tiene en su Gabinete los judíos R. Béchoff, Salomón y Cahen-Salvador; ministro de Negocios Extranjeros, el masonizante Ivon Delbos, conferenciante en Logia y miembro de la Liga de Derechos del Hombre, que tiene en su Gabinete los judíos Olivier Wormser y R. Hoffner; ministro de Hacienda, el masón Vicente Auriol, que tiene en su Gabinete el judío Weill Reynal; ministro de Educación Nacional, el judío Juan Zay, masón por supuesto; ministro de Trabajos Públicos, el masón A. Bedouce, que tiene en su Gabinete los judíos R. Weill-Raboud, Blum-Picard y Moratti; ministro de Agricultura el masón Jorge Monnet, que tiene en su gabinete el judío R. Veil; ministro de Colonias, el masón Mario Moutet; y ministro del Trabajo, el masón Lebas.

En Francia todos los trusts de espectáculos y de comercio o industria están en poder de los judíos. Los frecuentísimos escándalos o affaires son la espuma del Judaísmo francés, mil veces traidor a su patria de adopción y siempre dispuesto a burlar las normas morales.

Bélgica

En Bélgica la población judía representa, escasamente, el 1 por ciento de la población total.

No obstante, he aquí algunos nombres que ocupan posiciones decisivas. Finanzas: Franck, judío, gobernador de la Banca Nacional y ministro de Estado; Gutt, por verdadero nombre Guttenstein, agente de la alta finanza judaica; el antiguo ministro de Finanzas y eminencia gris Franqui, gobernador de la *Société Général*, banca que controla la casi totalidad de la

vida económica belga; el experto financiero judío Horn, delegado del Gobierno en las *Hullas* y en la *Banca* del Congo Belga.

Industria: el judío Heineman está al frente de la *Sofina*, la mayor empresa industrial belga; el judío Leipschüt es el «rey del diamante», industria explotada en su casi totalidad por judíos de Amberes.

En Comercio, el judío Bernheim ha establecido los almacenes «L'Innovation», muy semejantes al S. E. P. U., cuya red se extiende por todo el país.

Los periódicos *Le Soir, L'Independance Belge* y *Le Peuple* están controlados por judíos y masones.

En las Universidades de Lieja y Bruselas hay núcleos importantes de masones y teósofos. Maeterlink es masón y teósofo.

En Guerra, el general Wiener tiene mucho influjo. Es director de Estudios en la Escuela Militar y miembro del Consistorio Central Israelita de Bélgica.

El judío-masonismo está preparando en Bélgica, con su táctica de siempre, de bracete con el comunismo, una dictadura tan cruel como la que ha soportado España hasta el Alzamiento nacional.

II

Datos acerca de la agitación mundial contra el judaísmo

Alemania

Se ha prohibido a los alemanes actuar como domésticos al servicio de los judíos. Estos han quedado excluídos de la Industria del Cine.

Inglaterra

Se extiende la propaganda antijudaica en Londres.

Islas Bermudas

Los hoteleros han decidido no albergar en sus hoteles clientes judías.

Bulgaria

Acentuada la ola antijudaica en todo el país. El Consistorio Central Búlgaro, asustado ante el hecho, ha creado un Comité Defensivo y Ofensivo.

Hungría

Vivos incidentes en la Universidad de Medicina de Pecs.

Paraguay

Se ha prohibido formalmente la inmigración judaica.

Palestina

El movimiento panarábigo toma un carácter de «guerra santa» contra los judíos. Ante la presión arábiga, los comerciantes judíos han evacuado los barrios antiguos de Jerusalén. Parece que Inglaterra piensa dividir la Palestina en tres partes: una para el Imperio, otra para los árabes y otra para los judíos.

Polonia

Manifestaciones antijudaicas en numerosos puntos. Varios periodistas y escritores judíos, acusados de complot contra la seguridad del Estado, han sido internados.

Rumanía

Se ha presentado un proyecto de ley, fijando en un 25 por ciento la cifra máxima de judíos admitidos en las empresas comerciales, industriales y financieras.

Suiza

Protestas contra el proyecto de instalar en Suiza una estación de radio para combatir la propaganda antijudaica.

BIBLIOGRAFÍA

JUAN TUSQUETS, *Origenes de la Revolución española.*

«Las Sectas», *La Dictadura masónica en España y en el mundo.*

«Las Sectas», *Qué son las sectas.*

«Las Sectas», *La Masonería descrita por un grado 33.*

«Las Sectas», *Los Poderes ocultos de España.*

J. FERRARI BILLOCH, *La Masonería al desnudo.*

MATORRAS, *El Comunismo en España.*

III Congreso Internacional Comunista: Discursos y conclusiones.

LEÓN DE PONCINS, *La mysterieuse Internationale juive.*

BERNARD LAZARE, *L'Antisémitisme.*

LA TOUR DU PIN, *Vers un ordre social chrétien.*

KADMI-COHEN, *Nomades.*

G. GATAULT, *Le problème juif.*

LUDWIG LEVISHON, *Israel, Jewish World.*

ELIE EBERLIN, *Les Juifs d'aujourd'hui.*

J. J. THARAUD, *Quand Israel n'est plus roi.*

DR. ALFRED NOSSIG, *Le Judaisme intégral.*

R. WILTON, *«Russia's Agony».*

Bnai Brith Magazine.

BIBLIOTECA PÚBLICA SUÁREZ

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO 5

CAPÍTULO I.—El pueblo judío 9

CAPÍTULO II.—Líneas generales del Internacionalismo judaico 23

CAPÍTULO III.—El oro y la Prensa, instrumentos del Judaísmo 31

CAPÍTULO IV.—Judaización del mundo moderno. 43

CAPÍTULO V.—Judaísmo y Socialismo 47

CAPÍTULO VI.—Judaísmo y Masonería 51

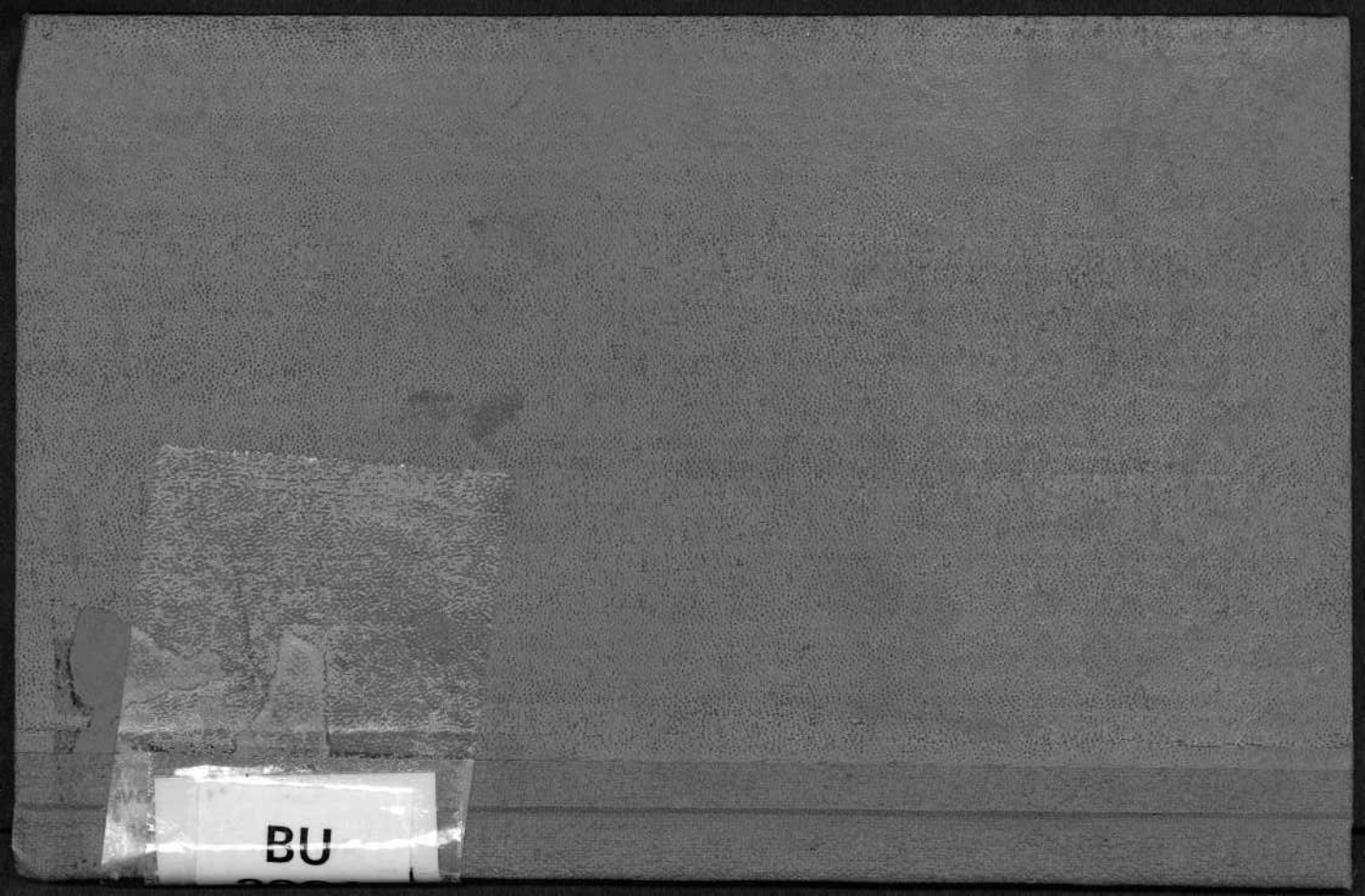
CAPÍTULO VII.—Intervención del Judaísmo en las revoluciones contemporáneas 57

CAPÍTULO VIII.—El Judaísmo y la Revolución española 63

CONCLUSIONES 84

APÉNDICES 87

BIBLIOGRAFÍA 93


BU

2924